

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX

San José, Costa Rica

1929

Sábado 3 de Agosto

Núm. 5

SUMARIO

Discurso	José Vasconcelos	El boxeador y un ángel	Antonio Espina
Fragmento	Sor Juana Inés de la Cruz	Una entrevista con Luis Franco	Aurea
Dos narraciones	Francisco Ayala	Gente francesa: Séverine	Gabriela Mistral
Los experimentos de Sir Jagadir Chunder Bose	Juan Álvarez	Manifiesto al Dictador de España	Artemio del Valle Arizpe
Poemas	Luis Franco	Toro de once	
Estampas	Juan del camino	Tablero: (1929)	
Un poeta alciónico	Mario Juárez	La actitud de los estudiantes españoles	Haya de la Torre

Programa de gobierno que se propone desarrollar

La IV Convención del Partido Nacional Antirreeleccionista, designó anoche por aclamación candidato a la Presidencia de la República, al señor Licenciado don José Vasconcelos, quien pronunció el siguiente discurso:

el Lic. José Vasconcelos si triunfa en las elecciones

=De El Universal, México, Julio 6 de 1929,=

Por primera vez desde 1910 logra reunirse, en nuestro país, una Convención en la que están representados los anhelos del pueblo mexicano. Desde hace diez y ocho años y en medio de la ola de corrupción que nos ahoga, la palabra misma, el nombre mismo de Convención ha sido corrompido más de cien veces para aplicarlo a conciliábulos de incondicionales o a grupos o facciones que defienden intereses de imposiciones o de continuismo, o bien pequeños o grandes intentos de perpetuación del despotismo y del caudillaje. Ahora, por fin, se reúne una Convención como la de Madero a la cual no han asistido delegados de todos los rumbos del país porque el pueblo sigue en la miseria y no tiene dinero para pagar los gastos de la democracia; no dispone el pueblo de fondos, porque en todas las barbaries los elementos oficiales viven de lujo, derrochan tesoros, en tanto que el pueblo carece hasta de lo más elemental. Heroísmo es el de muchos delegados aquí presentes que han hecho el viaje en medio de privaciones y a veces de peligros; pero así como no faltó en 1910 un grupo de hombres resueltos a llegar al extremo de los sacrificios con tal de escribir una página de luz en la Historia Nacional, así también ahora el pueblo mexicano, respondiendo a las necesidades del instante, realizó el esfuerzo de congregar esta asamblea. Aunque está representada aquí la inmensa mayoría de la opinión, carecen, sin embargo, de representación directa algunas regiones del país y esto ocurre no porque la opinión pública en esas zonas no esté totalmente a nuestro lado, quizá en ninguna parte como en esas regiones azotadas, el corazón de los ciudadanos está entero con nosotros; pero ¿cómo podrían manifestarse aspiraciones democráticas en regímenes caníbales, como, por ejemplo, el de Garrido en Tabasco?



Jose Vasconcelos

¿Cómo podría ejercer derechos cívicos un pueblo dominado por el caciquismo político a lo Yucatán, donde se pierde el salario, donde se pierde el lugar en sociedad, con sólo desconocer algunas de las consignas de algunos de los dos o tres caciques que a su vez están sólo atentos a las órdenes del centro? ¿Cómo podrían obrar como ciudadanos las víctimas del caciquismo local, sometidas a tal punto, que mientras los campesinos están en la miseria, los líderes políticos de la región pagan trenes especiales, como sucedió en Oaxaca, para conducir al candidato de los explotadores, para conducirlo a través de una lamentable sucesión de bailes sin bailadores y arcos triunfales, por debajo de los que pasan apenas algunos centenares de siervos que no alcanzan ni el tostón prometido, porque éste se queda en el bolsillo de intermediarios que ya con esto se sueñan diputados? Por fortuna no todo México se encuentra en este estado desesperado; por fortuna tienen que prevalecer en los destinos de nuestro país, las poblaciones libres, civilizadas, los núcleos que se imponen a la consigna, los grupos de hombres dignos que por todas las partes, aún en las mismas zonas oprimidas, se levantan contra la adversidad y se disponen a luchar en contra de la opresión contemporánea, opresión que sólo en lo hipócrita difiere de las antiguas, a pesar de los leales esfuerzos de algunos altos funcionarios.

Esta Convención modesta, porque sus miembros carecen de fortuna personal; modesta porque no se rodea del aparato de las comparsas oficiales; modesta porque no dispone, por ahora, de alianzas, arsenales, ni tesoros; modesta porque carece de todas estas apariencias, es sin embargo, poderosa, y tanto, que viene a dictar la ley de la Nación en las próximas décadas. En realidad venimos a eso, a imponer la norma necesaria para que México se libre de la actual situación humillada, la norma del sereno comportamiento que México necesita para rescatarse de las penosas condiciones a que nos han ido arrastrando políticos sin capacidad. Venimos a sentar las bases de

la reconstrucción nacional y aunque en esencia sostenemos los mismos principios de 1910, nos sentimos ahora más cargados de responsabilidad y a la vez, más capacitados por la experiencia y el dolor para llevar adelante un plan cabal y constructivo. Nos anima ahora una fe consciente de las posibilidades y los destinos de una raza cuya misión interesa a la humanidad. Venimos a construir y a levantar aún en medio de la gritería y la acechanza de los rufianes; venimos confiados en que ha pasado la era de los arrasadores y de los destructores. Seguros de nuestra capacidad para hacer obra fecunda, nos sentimos animados de esa suerte de instinto del constructor, instinto simbolizado en la manera como se levantaron las catedrales de la época gótica; los cristianos de aquel tiempo, aún los bárbaros o semibárbaros godos y francos, no se pusieron a derribar los templos druidas para poner sobre los escombros construcción nueva; no profanaron los adoratorios ni casi removieron las piedras y a menudo respetaron aun las imágenes del culto rival limitándose a poner sobre el altar pagano o bárbaro, la capilla cristiana y más tarde, cuando creció el poderío colectivo, no se arrasó la capilla para construir la catedral, sino que por encima de la capilla se edificaron generalmente las naves de imponentes espacios. Tampoco se derribó la torre románica para reemplazarla con la torre gótica, sino que al lado de la románica o por encima de ella, y tomándola de asiento, se elevó por los aires la aguja gótica, máximo esfuerzo de la elevación arquitectónica. Y por eso son grandes y son vastas y poseen como varias estructuras, imagen de diferentes periodos de civilización, todas esas grandes catedrales, obras de siglos y síntesis de creencias, épocas y razas. Así, sólo así, se puede construir y así es como debemos proceder nosotros delante de cada problema; cuidando de aprovechar todo lo hecho por nuestros antecesores, así hayan sido nuestros peores enemigos personales. Aprovechemos, pues, ensalzemos todo lo poco que en nuestro caótico medio mexicano haya representado intención sincera de acción benéfica; éxito parcial del esfuerzo que ensaya a crear.

En el seno de la asamblea se han debatido ya todas las principales cuestiones nacionales y se ha formulado un programa que se ajusta a la realidad en su mayor parte y contiene todo entero las más altas aspiraciones de la vida nacional. Recogiendo yo, hasta donde alcanza mi capacidad, los anhelos expresados en ese programa, por el cual me comprometo a trabajar con empeño, y acatando los mandatos en él contenidos, los interpreto para ofrecerlos a la Nación en los términos siguientes:

El problema político.—El problema, político menospreciado en nuestros días por teorizantes sin médula y por traficantes sin escrúpulos, es hoy como ayer y como siempre, de previa resolución.

El problema político, letra muerta para los esclavos, es esencial para los hombres libres y para las épocas fecundas; sin garantías políticas definidas e intocables no es posible alcanzar ningún verdadero progreso colectivo y en ninguna parte ha sido, y es, más necesaria la libertad que en este país nuestro, castigado por las iniquidades de mil suertes de tiranías. Para salir del círculo vicioso de la tiranía local que se engrana en la dictadura del centro a la vez que una y otra se apoyan y justifican; para salir de esta ignominia nacional es indispensable recurrir a la medida extrema y

todavía no ensayada de una manera rigurosa: la creación de un Poder Ejecutivo, severamente controlado por las leyes, las instituciones y la opinión. Se condena, en estos días, la corrupción de las bajas autoridades, la criminalidad de los pequeños tiranos regionales. ¿Pero cómo es posible esperar conducta legítima, ni siquiera humana de parte de las autoridades inferiores, si a menudo se ha visto que el ejemplo de las mayores abominaciones lo da, precisamente aquél que debiera ser espejo de acción desinteresada, inteligente y leal? Se necesita entonces comenzar por arriba, ya que tenemos más de un siglo de fracasar, porque hemos estado censurando los abusos de los inferiores, pero sin atrevernos a señalar a los verdaderos grandes culpables de nuestro desastre nacional. Comenzaremos exigiendo del Presidente de la República, lo que no han podido ni pueden dar los inferiores mientras no lo vean hecho regla en el de arriba; exijamos del Presidente, no sólo el respeto de la ley cuya letra misma tantas veces se ha falseado, sino también el respeto de todas aquellas normas sin las cuales no es posible la vida civilizada. Ampliaremos la ley de responsabilidades, de tal suerte, que un Presidente que se atreviera a firmar una orden de ejecución, sería encauzado al día siguiente y expuesto a perder el mando mediante la aplicación del referendum, sin perjuicio del castigo de su delito. Se necesita también para limpiar toda la ignominia de los últimos tiempos, establecer el equivalente del juicio de residencia, la obligación impuesta al Presidente de dar cuentas del importe de sus bienes antes y después del desempeño de su cargo, con pena de confiscación en caso de ocultaciones, tal y como lo habéis aprobado en la Asamblea. Se necesita también limitar o suprimir todos los poderes políticos del Presidente, pero sin qui-

Cierto, señora mía, que algunas veces me pongo a considerar que el que se señala o le señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer, es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen; o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban, y así le persiguen.

Aquella ley políticamente bárbara de Atenas por la cual salía desterrado de su República el que se señalaba en prendas y virtudes porque no tiranizase con ellas la libertad pública todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los atenienses; pero hay otro, no menos eficaz, pues parece máxima del impío Maquiavelo; que es aborrecer al que se señala porque desluzca a otros. Así sucede y así sucedió siempre.

Sor Juana Inés de la Cruz

(Respuesta a Sor Filotea)

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior.....» 8.00 dólares

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

tarle sus facultades de administración; al contrario, es menester que las leyes y las cámaras den al Ejecutivo toda suerte de facilidades para que administre los bienes comunes, para que impulse la explotación de las riquezas nacionales; para que facilite y perfeccione los servicios públicos; para que eduque y construya y para que infunda alientos de progreso a toda esta raza nuestra, decaída pero anhelante. Se necesita exigir que los Presidentes sean grandes administradores, creadores y arquitectos; por eso debe escogérseles a base de capacidad y de honestidad. El arquitecto del desarrollo nacional, tal debiera ser el título supremo del mandatario. Existiendo por lo mismo la necesidad de otorgar al Presidente amplios poderes administrativos, pero con responsabilidades precisas y severas, tenemos que reconocer, en consecuencia, la importancia fundamental de limitar el plazo del mando sin excepción de personas. Por eso hemos sido, somos y seremos antirreeleccionistas, y seguiremos luchando por restituir este sagrado principio de nuestra nuestra carta fundamental. Otra de las reparaciones que debemos a la Revolución, es el restablecimiento de la autonomía nacional bárbaramente mutilada en el último intento de tiranía vitalicia. No sólo es importante fortalecer la institución municipal, base eterna de las libertades públicas y asiento de todas las verdaderas democracias, sino que la situación de nuestra patria exige que gradualmente desaparezcan todas esas ficciones de soberanía local: estados independientes que sólo originan estorbos para la unidad nacional, gabelas para las comunicaciones, gastos inútiles y anarquía política. En substitución de esto abogo por la República libre y soberana con soberanía de cada región y de cada individuo; la República de Municipios independientes y confederados; el Municipio, célula de una soberanía política, dentro del vasto organismo de la patria continental hispano-americana. De todas maneras, ya sea para preparar este advenimiento o simplemente para garantía de los intereses públicos, será menester que el Municipio reaparezca donde ha sido suprimido y obtenga en cada caso, todas aquellas facultades que son necesarias para el desempeño de su misión, todas aquellas medidas que, como la revocación, garantizan su responsabilidad. El sistema de elección proporcional que recomienda el programa de esta Convención, podrá, desde luego, aplicarse a las cuestiones municipales para que desde allí se vaya desarrollando el sistema hasta llegar a la situación propia de las sociedades civilizadas que ya no atropellan los intereses ni las opiniones de las minorías. Hasta ahora ha fracasado el Municipio sólo porque en realidad no lo ha habido: la regla ha sido deponer a los electos para substituirlos con los incondicionales.

No sólo el Municipio, también la constitución de las Cámaras legislativas padeció bajo la última racha de despotismo. Así, pues, será necesario que las Cámaras recobren, no sólo el número de miembros que la ley constitucional les señalaba; también los poderes plenos que les otorgaba la benemérita Constitución de 1857, revocada por los servidores de la tiranía; revocada con el objeto de consolidar todas estas oscuras dictaduras cuyos rastros todavía pesan sobre la patria con peso de maldición.

Los atropellos cometidos contra el Poder Judicial, siervo primero de la política de facción, desarrollada en las Cámaras y siervo ahora de nombramientos presidenciales, deberán ser reparados. El Poder Judicial que, en ciertos bre-

ves momentos de nuestra historia ha podido llegar a la más alta majestad, deberá ser liberado; deberá ser creado como el triunfo de la Reforma mediante la elección popular de jueces y magistrados. De esta manera la Corte quedará integrada ya no por personajes más o menos estimables, pero blandos delante de las imposiciones gubernamentales, sino con algunos de aquellos varones que nunca han faltado en la provincia o en el centro; voluntades rectas que prefieren la oscuridad al brillo falso de la librea de los cortesanos. Jueces escogidos por la opinión pública siempre serán mejores que los mejores jueces elegidos por cualquiera de los tres poderes, ya sea el Legislativo, ya sea el Ejecutivo. En este particular aconsejo por lo mismo un retorno a la limpia teoría constitucional de la independencia de los poderes.

La nacionalización de nuestros recursos.—Sentadas como ya lo habéis hecho, las normas para la organización de la libertad en nuestro ambiente, es indispensable que también dediquemos atención ilustrada a la manera de resolver los tremendos problemas económicos que amenazan a la nación. No es exagerado hablar de amenaza cuando se considera que en los momentos actuales tenemos en el extranjero a una quinta parte de nuestros hermanos y hemos sido impotentes para repatriarlos: no es exagerado hablar de desastre cuando somos el pueblo más pobre de la América, el que menos consume, el que en proporción produce menos y el que en proporción se educa menos; el pueblo menos feliz del Continente, por no decir que el más desventurado. No es exagerado hablar de desastre cuando se ve que los más ambiciosos y más jóvenes a menudo tienen que ir a aceptar empleos de gobierno, y esto porque el Gobierno poco a poco ha ido destruyendo la industria, el comercio y ha ido matando con sus sistemas torpes, toda iniciativa, toda producción. De esta suerte los elementos vigorosos pero impacientes se refugian en el presupuesto a medida que las fuentes de producción se agotan o se interrumpen. No es exagerado hablar de desastre, cuando poco a poco y principalmente por errores trascendentales de nuestra política, las riquezas todas del país y las grandes empresas, ayer las minas, hoy las caídas de agua y cada vez las fincas rústicas, todo pasa a manos de extranjeros; no es exagerado hablar de desastre, cuando ya no disponemos del manejo de nuestra producción, ni del control de nuestra economía; no es exagerado afirmar que nos estamos colocando en una condición de dependencia financiera, peor aún que la de una zona conquistada. Siquiera en las colonias está reglamentada la explotación y son menores los gastos de representación; se suprime por inútil el aparato de la soberanía. Nuestro desastre es más dispendioso y nos arrastra a una dependencia disimulada y sin responsabilidades. La sumisión sin restricciones, al menos la colonia tiene el derecho de hacerse oír en los parlamentos del Imperio, pero nosotros, sometidos gradualmente, sometidos en complicidad con tantos de los nuestros que nos han impuesto pactos y concesiones, ya nuestra claudicación parece irremediable. Víctimas de una dependencia pedida, reconocida, pagada; sumisión sin gloria, no tiene nombre lo que se ha estado haciendo y lo que sólo podrá contenerse si en supremo y último esfuerzo el pueblo mexicano recobra su soberanía interior, dándonos gobierno propio, gobierno verdadero, conforme al sufragio, a fin de que apoyado en el sufragio y en la opinión, no tenga que ir a consul-

**Repertorio Americano
El Convivio
La Edad de Oro**

Me hago cargo de conseguir números atrasados, completar tomos y colecciones, con el editor J. García Monge, a precios corrientes.

MIGUEL OLIVARES
En la Imprenta Alsina.

tar nuestros asuntos en los bufetes del extraño. Por de pronto y con la mira de enderezar la ruta de una raza que ha estado entregando sus recursos, derrochando sus tesoros, es preciso abordar el problema económico, ya no sólo como esfuerzo de reivindicación y de justicia, sino también y principalmente de reorganización y de eficacia. La aptitud que hemos negado y perseguido, a tal punto que hubo una época de bochorno en que se arrojaron de las oficinas públicas a los peritos mexicanos sólo porque habían pertenecido a una administración anterior, para sustituirlos con peritos extranjeros; la aptitud negada ayer debe entrar ahora al poder; aptitud, por supuesto, presupone honestidad, pues verdaderamente no se puede saber sin ser probo. La aptitud entonces, la más elemental de las capacidades, nos hace ver que la posesión y el empleo de los medios de producción, el aprovechamiento de las riquezas naturales y la reorganización de la economía nacional no deben quedar confiados al azar o al capricho o al medro personales, sino que han de ajustarse a un programa claro de nacionalización. Una de las orientaciones fundamentales de ese programa ha de consistir en procurar que el estado explote y controle o administre y dirija hasta donde sea posible todas las fuentes de producción. Los medios de producción y las riquezas naturales no deben ser monopolio de intereses privados; deben pasar gradualmente a la administración y aprovechamiento del Estado. No es justo ni es patriótico tolerar que los medios de transporte y comunicación como ferrocarriles y telégrafos vuelvan a la explotación privada; tampoco es justo que, por ejemplo, nuestras reservas petrolíferas sean objeto de concesiones otorgadas a intermediarios y favoritos; al contrario, la administración de esas reservas deberá hacerse como se ha hecho en la Argentina, mediante la creación de empresas o instituciones autónomas en su administración, pero sujetas al Estado en sus programas de acción y en la aplicación de sus beneficios. Se deberán reservar también las riquezas hidroeléctricas para aprovechamiento nacional, cuidando de no otorgar más concesiones a particulares y de conservar para el Estado los sistemas de interconexión de las líneas de las diversas plantas.

La minería.—La minería que, gracias a la ineptitud de nuestra técnica financiera y últimamente a la acción de regímenes y de leyes torpes—que ni siquiera el trabajo de gambusinos dejan a los mexicanos—está ahora en manos de intereses sin arraigo en el país y que no rinden otra utilidad que la de impuestos y salarios, cuando debe ser la minería, y siempre lo fué, uno de los más importantes recursos nativos.

Los ferrocarriles.—Los ferrocarriles llamados Nacionales, aunque la Nación deba por ellos, aparte de lo que ya ha pagado, más de lo que costaría hacerlos, deberán ser objeto de un arreglo justo de la deuda y de una revisión cuidadosa de tarifas y una administración técnica, libre de burocracia y de taras políticas. Las tarifas de-

berán ser reformadas para que los Ferrocarriles lleguen a ser desde el punto de vista económico, como lo son ya en cuanto a su personal de operación, verdaderamente nacionales por no estar sujetos a la amenaza de las hipotecas y por servir eficazmente a la distribución de nuestros productos, en vez de servir sólo de medio de penetración para productos extranjeros de competencia.

El crédito.—La organización del crédito y del régimen financiero, tenderá a romper la tradición de agio y de compadrazgo de las instituciones bancarias, exigiendo cumplidamente la inversión de toda reserva dentro del país y en fines reproductivos, fomentando la creación de un mercado de valores mexicanos, integrando armónicamente el sistema nacional y privado de instituciones de crédito, orientando el trabajo de estas instituciones para que sirva como es debido, al fomento de nuestra economía y no al medro de unos cuantos. De esta suerte nuestras instituciones de crédito dejarán de ser órganos de extracción de capital mexicano, lograrán mantener un régimen monetario estable y elástico contrario a la especulación y el coyotaje, con las fluctuaciones de la moneda nacional.

El problema agrario.—La posesión y el aprovechamiento de la tierra merecen capítulo especial, porque el problema del campo es uno de los más graves problemas morales y económicos de México. El campo mexicano no produce, siquiera para satisfacer las necesidades alimenticias mínimas del país. Y la población rural vive en la miseria y en la ignorancia más crueles. Toda nuestra simpatía se inclina en favor del que necesita tierra para crearse un patrimonio, pero es evidente que todos los propietarios, grandes o pequeños, deben pagar al Estado el precio por el uso de la tierra.

También es menester que la tierra sea distribuida justiciera y económicamente. Para lograrlo, será preciso continuar la dotación ejidal donde sea necesario hacerlo o aplicar un sistema de fraccionamiento y parcelación donde el ejido no satisfaga las necesidades existentes o donde las tradiciones, los usos, las posibilidades económicas de la región, hagan el ejido inútil, incosteable o estorboso para el mejor aprovechamiento de la tierra y para su más justa distribución. Y no deberemos tolerar que de esta tarea se haga capital político y, menos aún, que se haga fuente de especulación para líderes, comités o funcionarios. La mera distribución de la tierra, no es una solución del problema del campo. Hay que organizar, además, a los agricultores, a fin de que su esfuerzo—que aislado se perdería para ellos mismos y para la Nación—no sea inútil; a fin de que puedan realizar todas las empresas que individualmente no podrían acometer, como mejoras colectivas a la tierra, compra y empleo de maquinaria agrícola, construcción de graneros, talleres y plantas de empaque o industrialización de los productos, apertura y fácil acceso a los mercados de consumo. En general, organización que les permita obtener todas las ventajas que proporcionan los sistemas modernos de trabajo en grande escala.

A la organización hay que añadir el crédito, porque la tierra y el trabajo sin aperos, sin avío, sin refacciones, no bastarían a resolver el problema agrario. Crédito fácil y barato para la agricultura, es un punto esencial de la política agraria. Pero el dinero de la comunidad, el crédito otorgado por los Bancos e instituciones que el Gobierno tenga, no debe ser

patrimonio de unos cuantos, ni es lícito que sirva a quienes, por su mejor posición económica, pueden conseguir préstamos en otras instituciones. Por esta razón, el crédito agrícola que otorguen los bancos respectivos del Gobierno, deberá ser repartido entre el mayor número posible, limitándose el importe de los préstamos, mientras no haya sobrantes, a las cantidades necesarias para los gastos de cultivo y de cosecha y para la vida del agricultor, en tanto se venden los frutos. El crédito a las comunidades organizadas y a las sociedades de crédito, comprenderá las sumas que ellas necesiten para dar el avío o la refacción a sus miembros en la proporción dicha, y las cantidades indispensables para la compra de aperos y maquinarias de uso común, para la construcción de plantas-talleres, instalaciones, graneros o para otros propósitos semejantes de beneficio colectivo. En ningún caso se emplearán los fondos de estos bancos, en conceder créditos a políticos o a altos funcionarios.

El Gobierno como parte de su responsabilidad tiene el deber de proporcionar los servicios colectivos y de divulgar los métodos científicos y modernos de trabajo que la agricultura requiere para su desarrollo.

Para poder realizar con propósito constructivo y no meramente político, la tarea de redistribuir adecuada y justamente la tierra, así como

para lograr los capitales necesarios al desarrollo del plan de organización y de crédito agrícola antes expuestos, será preciso fundar sobre bases mercantiles y técnicas la emisión de bonos de una deuda especial que no sólo sirva para cubrir un expediente, para favorecer con indemnizaciones a unos cuantos o para fomentar una especulación antimexicana, que vende a doce centavos los bonos que México deberá pagar a un peso, sino creando un verdadero valor estable y firme en los mercados, garantizado con la paz en los campos y con el desarrollo de la producción agrícola. Bonos emitidos por el conjunto de las mismas organizaciones agrícolas y garantizados eficazmente por las instituciones nacionales de crédito agrícola; por el conjunto de las propiedades rústicas que tiene el Estado y por el Gobierno mismo. Bonos cuyo importe se aplique rigurosa y metódicamente a redimir el valor justo de las tierras expropiadas o fraccionadas, a cubrir las necesidades de avío y de refacción de los agricultores mexicanos y a realizar, cuando sea posible hacerlo, las obras generales necesarias para el mejoramiento de la tierra y de la producción. Bonos cuyo respaldo más eficaz será la buena y honesta inversión de su monto en fines reproductivos.

(Concluirá en la próxima entrega.)

lavabo en que se aburría un jabón negro y del asiento redondo y vegetal.

Se cubrió de largos pliegues blancos. Arriba, la cabeza: mojada y trágica medusa. Abajo, los pies, apuntados triangularmente.

El espejo sonreía, como una ventana, sobre la mesa de cristal.

El gallo de la pasión

A mi amigo Diego Medina.

LA lengua de la hoguera—saltos de niño—había picado el cielo. El cielo—blanco ya: veteado de azul—ordenaba aurora. El fuego, vacío, iba palideciendo, a tono con la lividez del alba.

Y Pedro—las manos del revés: las palmas, cono escudo del pecho—negaba, escandalizado.

—¿Él? ¿él? ¡Por Jehová: él, no! Ni le conocía.

Su gesto de pobrecito judío: ofrecía las palmas, vueltas, a la interrogación de las lenguas de fuego. Y vuelta la cabeza (judío, pobrecito: «Él, no. Por Jehová») comenzaba a componer la cara de arrepentimiento.

Los soldados romanos, orgullosos de sus corazas de metal y de sus faldillas bermejas, batían el suelo con la contera de sus pértigas para ahuyentar el frío. Jugaban a los naipes. Y se reían de Pedro.

Ya la aurora—hielo deshecho—se deslizaba, chorreando—aguas de mal espejo—por las paredes del patio. Ya flotaba la luna, podrida, en el estanque. Ya temblaban las faldillas bermejas, bordadas de cristal y azabache, de los soldados romanos.

El gallo de la Pasión—lázaro resucitado de la noche—daba vueltas alrededor de Pedro: vueltas de pasos solemnes, largos y lentos. (Muy engallado el gallo de la Pasión; muy poseído de su papel histórico.)

Por fin, se detuvo frente a él. Nubló el párpado su ojo de clavo brillante, para hacer más encarnizado y súbito el picotazo de su nueva mirada. Todas las plumas del cuello se le electrizaron. Se hinchó su pecho de goma. Estiró el cuello, corvado, tenso, como un neumático de bicicleta, y lanzó a Pedro tres flechas metálicas, secas y relucientes.

Pedro dió un salto: las manos en la cabeza. Miró a Cristo, que estaba ojoso, blanco. Y recogió la mirada temblona que le ofrecía desde el fondo de su pozo.

Entonces, recordó el Apóstol. La aurora, como una bufanda de lana, le ceñía la garganta: allí, clavadas, vibrando, las tres flechas del gallo.

Se removió todo su amor. Era el momento de arrepentirse. Cuajaba el arrepentimiento. Las tres flechas estaban clavadas ahora en su corazón. Apretaba la pena su cuello, como gaseosa embotellada. No podía más.

Sujetó una sonrisa con los dientes, y se disculpó:

—Perdón, caballeros. Tengo que salir un momento. Es una necesidad inexcusable. Perdón, ¿eh? ¡Un momentito! En seguida vuelvo.

Ya en la calle, dos ríos nacieron de sus ojos. Lavó su culpa en dos fuentes claras. Y—como era previsible—Dios le perdonó.

Dos narraciones de Francisco Ayala

=Del cuaderno *El boxeador y un ángel*
CUADERNOS LITERARIOS. Madrid, 1929.=

Susana saliendo del baño

Los dos grifos de níquel—raras aves, agarradas a la piel tersa de la bañera—miraban, pensativos, ya sin agua caliente y fría, el abandono dramático de su cabeza. Cabeza de algas verdirrojas que flotaban huyendo en la concavidad de porcelana.

El agua, ni caliente ni fría, cantaba en sus orejas, rosadas y tiernas caracolas, una canción de azogue. Temblaba en el baño para desviar sus formas; le multiplicaba cada perfil en líquidas ondulaciones, y cercenaba su garganta con un hilo verde: la cabeza, muerta—¡muertos los ojos en un sueño marítimo!—sobre bandeja de cristal.

Un minuto, elástico e inminente.

Surgió un brazo, como una señal. Surcado de venas y chorreando. (Los cinco dedos, cinco raíces clavadas en la es-

ponja.) Se abrió la mano, y la esponja—estrella rubia—naufregó en una tibia aurora de carne y porcelana.

La mano adaptó su caricia húmeda a la curva del contorno. Nació en aquel mapa claro la isla de un hombro. Y el cuello, metálico. Sobre el pecho—hoja de mapa-mundi—dos hermiserios temblorosos con agua y carmín. El vientre en ángulo y las rodillas paralelas...

Susana, pisando el agua, saltó una pierna sobre el borde con gesto audaz de ciclista, para poner su pie, azul y rosa, en flexible tablero de corcho, sin color ni temperatura.

Alta, quieta ya (mientras el agua, libre de la cadena, se precipitaba cantando su condenación por tubos de órgano) era admirada del espejo, confinado en su elipse de celuloide; del rizado

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTÁ ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS	FABRICA:	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

UNA de las cosas más interesantes de esta ciudad, que por supuesto omiten las guías para viajeros, es el Bose Research Institute, el laboratorio donde sir Jagadir Chunder Bose, no obstante sus 70 años, continúa llevando a cabo las investigaciones que han hecho conocer su nombre del mundo entero. El gran físico y fisiólogo indio, natural de Mimesingh en Bengala, es hombre de mirada tranquila, continente sobrio y palabra amable. Después de hechos sus estudios secundarios en Calcuta, se graduó en Inglaterra, y en el Congreso Internacional de Física de París (1900), desarrolló ante las celebridades allí reunidas, sus ideas y descubrimientos acerca de la continuidad de la vida en todas las formas de la materia. Posteriormente ha dado a luz múltiples libros y entre ellos, *Reacciones de la materia viva y no viva* (1902), *Las reacciones de la planta como medio de investigación fisiológica* (1906), *Electro-fisiología comparada* (1907), *Investigaciones sobre la irritabilidad de las plantas* (1913), *Movimientos vitales de las plantas* (1918 a 1921, en las *Transactions of the Bose Research Institute*), *Fisiología de la fotosíntesis* (1927, París).

Con ayuda del gobierno y de diversas provincias de la India, logró fundar el actual Instituto, dedicado a la nación el 30 de noviembre de 1917, y cuyo propósito es conexionar las investigaciones científicas con la difusión al público de los resultados obtenidos. El edificio, artístico y amplio, se alza en un gran jardín que es el verdadero laboratorio, pues allí están las plantas materia del estudio: enredaderas, arbustos, delgados tallos, árboles frondosos, viven y crecen en su ambiente natural, sol, viento, frescura de las noches bajo la bóveda estrellada. Al inaugurar el Instituto, sir Bose declaró que no lo consideraba un simple laboratorio, sino un templo, pues lo que podemos ver en el océano es lo desconocido. Por las cornisas muéstrase el fruto del *amlaki*, único bien que restaba al rey Asoka después de haberle poseído todo, fruto cuya mitad dió a un mendigo, por no tener más; y encima aparece el signo del rayo, reminiscencia también de cierto episodio de la India legendaria y mística.

La celebridad de sir Jagadir Chunder Bose comenzó hace alrededor de treinta años, con su famosa doctrina de la «sensibilidad» de los metales a ciertos estímulos. Partía de la base, un tanto objetable, de que el síntoma de vida más delicado y general ha de buscarse en la reacción eléctrica; y digo objetable, porque hasta hoy no existen pruebas en virtud de las cuales pueda equipararse la sensibilidad de los animales y las plantas al simple cambio de estado eléctrico producido en los minerales por el calor, los golpes u otros reactivos. No fueron muy lejos sus investigaciones en ese sentido, pues sir Bose se ha especializado en estudios de la sensibilidad vegetal. La planta ofrece enormes ventajas para los experimentos: es mucho más fácil de obtener y conservar, no se agita



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Los experimentos de Sir Jagadir Chunder Bose

=De La Prensa. Buenos Aires.=

con tanta violencia como el animal, y en algunos casos reacciona con un décimo de la energía que sería indispensable para obtener reacciones de los seres humanos. Observando de cerca muchas especies vegetales que se crían en los jardines del Instituto, el profesor hindú ha llegado a convencerse de que todas ellas son capaces de sentir y sufrir; las considera dotadas de un sistema nervioso especial a lo largo del cual viajan con lentitud los impulsos, aunque en ciertos casos lleguen hasta salvar varias pulgadas en un segundo. Con esta teoría del dolor vegetal, plantéase el problema de la inteligencia de las plantas, si es que la inteligencia es fruto del dolor, como algunos quieren; y pues siempre es bueno revolotear un poco la imaginación sobre los instrumentos del laboratorio, hálbase ya de árboles que aman y árboles que odian. Comienza así a adquirir relieves de realidad aquella admirable selva encantada del *Pájaro Azul*, que a su propio inventor pareciera tan sólo un ensueño de poeta.

Sueños aparte, parece definitivamente demostrado que las plantas gozan de ciertos movimientos; y justamente esa orientación ha permitido a sir Bose publicar su curioso estudio sobre el singularísimo caso de la «palmera rezadora» de Faridpur. La tal palmera—un vulgar datilero—muy inclinada a consecuencia de vientos y tormentas, aproximaba al suelo su penacho de hojas todas las tardes, bajándolo lentamente, cosa de un metro, cual si se prosternase; por las mañanas enderezábalo en otro tanto, a modo de rezador que termina su plegaria; y de aquí el apodo popular. Para unos, la maniobra era puro fraude; para otros milagro patente y de los auténticos. Sir Bose, valiéndose de aparatos de precisión, demostró tratarse de un fenómeno puramente natural, atribuible a las diferencias de temperatura y humedad de la atmósfera, pues el tallo en ningún momento estaba quieto del todo, como no lo está en otras plantas inclinadas. Por circunstancias de forma y posición, el caso de Faridpur resultaba más perceptible. Al fin, la palmera se secó y de ella sólo resta el recuerdo; más no tardarán en aparecer otras, dotadas de parecida habilidad, pues por doquier hay gentes que descubren milagros y cobran por mostrarlos, y gentes que pagan por verlos. Dudo mucho de que los creyentes lean alguna vez el volumen de las *Transactions* donde se insertó el estudio.

Otro de los trabajos del Instituto ha consistido en la extirpación de una es-

pecie de camalote de cerca de tres pies de altura—el *Eichornia Crassipes*—que habiendo aparecido esporádicamente, en los últimos tiempos llegaba a constituir una plaga en Bengala. Metíase por arroyos y canales y depósitos de agua para irrigación, bloqueándolos; las inundaciones, llevábalo a las tierras aradas, y al arraigar allí destruía plantas de cultivo; y ocurrió con frecuencia cubriese en pocos meses centenares de metros cuadrados. Ante el peligro de semejante invasión

el gobierno bengalí encargó a varios comisionados estudiaran, bajo la presidencia de Bose, el mejor modo de remediarlo. Habíase pensado en algún tipo de hongos que atacase al camalote, sistema peligroso a su vez, pues podría el remedio dañar inesperadamente a otras plantas, resultando peor que la enfermedad. Estados Unidos y Birmania ensayaron antes los chorros de vapor, sin mayor éxito; sólo se destruía la parte situada fuera del agua, saliendo a poco brotes nuevos. Lo mismo ocurrió quemando con petróleo la parte aérea. Cualquier fragmento que restara vivo debajo del agua, bastaba para asegurar una rápida reproducción del flagelo. Tampoco parecía cosa hacendera la absorción de sustancias venenosas por las raíces, tratándose de arroyos y tanques utilizados a diario por millares de personas. Al fin, la comisión dió con el remedio; y no estaría demás preocuparse un poco de este asunto en país como el nuestro, donde también abundan los camalotes y, por momentos, tórnanse un estorbo para la pequeña navegación de cabotaje. Olvidaba contar que una vez averiguado cómo podrían destruirse las plantas acuáticas, el gobierno archivó el expediente y no volvió a ocuparse del asunto; mas para ver cosas de estas pareceme que no es necesario venir a Bengala.

Aparte de esos y otros trabajos de utilidad, el Instituto lleva a cabo investigaciones científicas del más alto interés, relacionadas con el funcionamiento de la vida y su final inevitable e inquietante. Una de ellas condujo al profesor a sostener que, en el momento mismo de morir, prodúcese en los seres lo que él llama la «corriente de la muerte». Toda planta va dando reacciones eléctricas de signo negativo, cuando se la hiere; a partir de cierto límite, conforme aumenta la temperatura, esas respuestas disminuyen de intensidad; y si el calor llega a sesenta grados la planta fallece, dando por un instante brevísima reacción eléctrica positiva. Para comprobarlo con exactitud, sir Bose, ideó un aparato especial—el morógrafo—, que aparece descrito en sus trabajos.

Durante los últimos tiempos, el distinguido director del Instituto ha estado ocupándose de la fisiología de la fotosíntesis, lo que, hablando en romance, significa averiguar cómo se las componen las plantas para transformar la luz solar en comida para uso de humanos; y no ha de negarse la trascendencia de este magno problema. Por ahora, nos limitamos a devorar las plantas después que ellas, a fuerza de

trabajo, se transforman en cosa alimenticia, o bien saqueamos los depósitos de carbón pacientemente preparado por los vegetales con el correr de los siglos. Si fuera posible prescindir de tales intermediarios y vivir tomando del ambiente la energía necesaria como se alimentan las plantas, ninguna falta harían los agricultores ni los ganaderos, muchas formas del comercio actual desaparecerían por inútiles, y sospecho que nuestros sistemas económicos y políticos debieran modificarse profundamente. Mas no anticipemos los acontecimientos: por ahora la investigación deja de ser concluyente y, cuando lo fuese, una cosa resultará descubrir cómo trabajan las plantas y otra muy distinta ponernos los hombres a hacer de plantas. Como todo lo del profesor, este estudio—publicado en París hace pocos meses—ofrece aspectos originalísimos, pues el método ideado para conocer la actividad fisiológica de los vegetales cuando absorben rayos solares, consiste en medir con aparatos delicados, la cantidad de burbujas de oxígeno que desprende una planta acuática, la *Hidri-*

lla verticillata. Prácticamente, ella resulta ser un fotómetro natural que muestra con bastante precisión las variaciones de la intensidad de la luz solar recibida en determinado punto del planeta. Elementos que escapan al ojo e influyen sobre esa intensidad—pequeñas partículas de polvo, levísima nebulosidad, cambios de estado eléctrico de la atmósfera—son percibidos claramente por la sensible *Hydrilla*.

Sir Bose es, además de un sabio, un sociólogo y un patriota. La especialización no le ha hecho olvidar los puntos de vista generales y está convencido de que las líneas de la física, la fisiología y la psicología convergen hacia idéntico rumbo, y están tocándose ya. Busca la verdad por el dignísimo placer de hallarla, sea o no útil, tenga o no aplicaciones materiales; y bastan para pintar su sencillez estas palabras que pronunciara en cierto acto público de gran resonancia: «vine sin nada y sin nada me volveré; si algo logro realizar en el intervalo, será ciertamente un privilegio que se me concede».

Juan Alvarez

Calcuta. 1929.

Poemas de Luis Franco

=De la obra *Los Trabajos y los Días* (Geórgicas). Ediciones BABEL. Buenos Aires. 1928=

Arada

I

et sulco attritus splendescere vomer.
Virg.

El aire agudo; el cielo alto; la sierra calva.
La calandria es de plata en la plata del alba.

Sube, humeando a ojos vistas, un mugido
[de toro.

—*Güey!*... El arador viene con su yunta que
[marcha
sin rastro por el suelo chapadito de escarcha.

Sí, ya... El alba ensangrienta su virginidad
[de oro.

II

—*¡Toro!* Los bueyes reman flojos, dando tra-
[bajo,
errando huella a trechos.—*Erre... ¡Al surco,*
carajo!

(En el campo, donde hasta el mismo polvo
[es puro,
ese reniego es casi inocente, lo juro.)

Los bueyes van con pausa ritual. Tuercen
[la cola,
mientras deshilan baba verdosa. Uno estercola.

Sí, pero el sacramento vivo de la semilla
los viste en el esfuerzo de grandeza sencilla.

El surco se abre como un sendero de amor,
o una mano, un libro, una herida, una flor,

Y a la reja herrumbrada de meses sin empleo
le vuelve poco a poco su immaculado aseo.

La siembra

En el tala un murmullo cristalino y de prisa.
Son los tordos, «curitas» que están «diciendo
[misa».

El sembrador derrama su trigo... ¿Hay además

más hondo o ancho que éste del creador del
[pan?

Es el gesto más puro con que se honra
[una mano.

El del que lucha o escribe por la gloria aun
[es vano.

En el surco la reja brilla al sol con la honrada
limpieza que no tiene ni la más alta espada.

En ojos del cielo halle gracia la tierra amiga,
y cien granos por uno devolverá en la espiga.

El sol ya cuida de ella, sublime jornalero;
el sol más laborioso que el fuego del herrero.

* * *

En el tala el murmullo cristalino y de prisa.
Son los negros curitas que están aún en misa]

Cantan, que si no siembran ni tienen alfolí,
el cielo cuida de ellos. Pueden holgarse así.

Patio

El sol suena en los gallos todavía. En enagua
y corpiño la chica remuele en el mortero
pepitas de durazno para aclarar el agua.
Dios de alpargatas, desde su patio, el tonelero
hace temblar la aurora ajustando una duela.
Dos pollitos pelean como chicos de escuela
junto al gato que ronca siete sueños dormido
en rosca. Las gallinas escarban la basura.

Cacareando, una polla de primera postura.
guiada por el gallo, anda buscando nido.

Luna de miel

Huele a la cabra el chivo que empina en la
[loma árida
sus barbas de santón y sus astas de diablo.
La cabra parpadea un brillo de cantárida...
Y son tan inocentes como Virginia y Pablo.

Albricias

Fumando, el viejo mira caer con son de
[cobres
las gotas, una a una, pagadas al contado...
Es la esperada lluvia que bautiza el sembrado.
—*El año será bueno para ricos y pobres.*

Camino

Sí, más fresquita y verde que una rama, la
[loma.
El alba está en las piernas de esa moza descalza.
Un burrito gracioso como un serafín alza
sus dos orejas como dos alas de paloma.

Atardecer doméstico

Sobre el techo, cansadas de volar todo el día,
(puras cual si estuvieran en un Avemaría)
las palomas alisan sus plumas con el pico.
Llevando agua a las flores en un balde de
[zinc,
remangada la falda, la moza entra al jardín.
Las criaturas juegan con un perrito chico.

Desde la puerta llama la señora:—¡Heliodoro!
—¡Heliodoro!—repite desde un palo el loro.

Hilandera

Con palabras de mimo que ponderan su maña,
colgado de sus manos, baila el huso, sonoro.
Mientras, casi invisible, de sus deditos de oro
el hilo nace fino como un hilo de araña.

Su boca viva es corazoncito de uñigal,
y aunque algo del misterio de una noche
[tranquila
deshila de sus ojos de sombra mientras hila,
su corazón es simple como su delantal.

Tres anillos de plata en sus dedos morenos;
cinturita redonda como tortero de huso,
y la blanda firmeza de sus senitos llenos
que no saben ni jota del amor, ese intruso.

Con murmullo bajito que pondera su maña,
cabeza abajo el huso baila, trompo sonoro,
mientras, casi invisible, de sus deditos de oro
el hilo va naciendo como un hilo de araña.

Oveja, hilo de plata. Vicuña, hilo de oro.

El gallo

Sobre la mansa chusma del corral alza el
[gallo
su grito libertario, en alto el gorro frigio.
Se calzó las espuelas, ¿va a montar a caballo?
Qué!, cabalgando pollas se ganó su prestigio.

Ei viento en la era

El ranchito en la loma se asienta con la ley
de confianza de un pájaro en el lomo de un
[buey.

Una palada al aire, así, en alto, y el viento
bota la paja a un lado como un sobre de carta.
Y en la cancha, oro limpio, llueve el grano,
[contento.

La moza, despacito, con su pichana aparta
Las granzas.

Paró el viento.

En el montón de trigo
una cruz de palitos le hace seña de amigo
y el que avienta le silba lo mismito que a
[un perro.

Nada, nada.

De pronto, en la cañada sola,

un ruido... Es él, el viento, que viene desde
[el cerro
como un perro que llega plumereando la cola.

El burro

Como Mamerto Esquiú se viste de estameña;
en sus lomos, se sabe, lleva la cruz en seña.
Siervo de un siervo, el pobre, lo lleva sobre sus
lomos tan evangélicamente como a Jesús
Lazarillo de los niños va a pordiosear
a los campos de Dios leña para el hogar.
Con su rastra de ramas, pudiendo y no,
[empareja
la tierra en que el hermano buey hundió la
[reja.
Saca el noque del pozo, ¡qué andar de peregrino!
O como amor a un pecho lleva trigo al molino.
Manos de paz, levanta sus dos orejas toscas,
mas le arman guerra a muerte los perros y
[las moscas.

De palos o improperios sabe a veces tan sólo,
él tan sencillo como un ángel o un chingolo.
Su jornal qué de veces un ayuno lo paga,
y lo echa a rodar tierra su renguera o su
[llaga.

A la de Dios se suelta, hecho así un *Ecce*
[homo...

Dijimos ya que lleva la cruz sobre su lomo.
Pero en sus ojos grandes está su corazón
mirando con la hondura de la resignación.

Callejón

Remolcando una opípara galleta de caballo,
guña el escarabajo sus élitros al sol,
más aseados que el cobre fregado de un perol.

El airecito es vivo como un ojo de gallo.
Lejos grita alguien: «¡Rosa, que vuelvas por
[aquí!»
Un zorzal le responde por tres veces que sí

Estampas

El criollo bilingüe se perfila con perfección en el litoral atlántico. Entre bananales, en los carros del ferrocarril, en los comisariatos, en los muelles, en el hospital ha ido moldeando su espíritu. El que se ha amadado entre papeles, el *Office Boy*, es el representativo de la casta. Su quehacer es uno de los más humildes: sacudir, desocupar los cestos de la basura, renovar la tinta de los escritorios, llevar y traer recados. Para menesteres tan mínimos no se le exige llenar la hoja de aplicación indispensable en la consecución de un puesto en jurisdicción extranjera. Por consiguiente está libre de la casilla amenazante que obliga a escrutar las reconditeces del saber lingüístico de todo *aplicante*. El inglés lo necesita, es verdad, pero sin él podrá desempeñar el oficio simplísimo que se le asigna. Como meteoros caen en su mente las primeras palabras inglesas: *Office Boy*. Las oye minuto a minuto. Le penetran profundo y se le graban. Son la iniciación en una parte de los secretos de esta lengua admirable. Después el aprendizaje sigue de una manera espontánea, pescando hoy una palabra del rubio apacible, mañana dos o tres del criollo que ya hace filigranas en esa lengua. Con los años será un consumado parlanchín y tiene abierto el camino del ascenso. Ascende, pero limitada su mente por la disciplina del *Office Boy*, conserva a través de su carrera la sumisión al rubio. Es así el servidor más astuto e implacable que el poder extranjero puede acaparar. Se adelanta siempre al pensamiento del amo y consuma con doblada astucia toda orden puesta bajo su ejecución. Es cierto que son posiciones subordinadas al rubio vigilante las que ocupa, pero ha crecido con la sumisión vuelta hacia los de arriba y con las espinas hacia los de abajo. No le viene por eso ofensa ni incomodidad.

Este tipo de hombre de dos lenguas en que por acá se metamorfosea el *Office Boy*, en espíritu es el mismo del que ha llegado a hablar la lengua inglesa por otros medios. Ha viajado o se ha some-

tido en el país a la enseñanza lenta del profesor de lenguas. Aprendiéndola ha visto delante de sí zonas de innúmeras posibilidades en su totalidad de orden monetario. El mundo con que se ha de conectar es todo de negocios. Es un intérprete que no sólo vierte el significado de las palabras sino que las dota de fuerza para que hagan brecha y aseguren éxitos rotundos. El *Office Boy* metamorfoseado pronuncia gangueando y ha estereotipado en su rostro todas las muecas del rubio que ha sido su amo y dominador. Así el otro, el que ha aprendido el inglés para mostrar al extranjero los caminos fáciles de conquistar las riquezas de un país. No fué que la fonética lo hizo su predilecto. Como iba él, hombre esencialmente práctico, a perderse en esas boberías de la lengua. Hace ahora sus contracciones faciales al hablar y con ellas le parece que agrada al protector rubio que lo tiene a su servicio. A todo procura darle el mismo tinte de pronunciación que da el amo. Por esto el país se convierte en *Costrica*.

Y esta grande, esta profunda transformación del nombre de la patria en los labios del criollo bilingüe refleja todo el peligro de su vida. Cómo es de peligroso su inglés! Le tenemos aversión. Parece que manejara en lugar de un idioma un látigo arrollador y brutal. Para este criollo bilingüe con pujos de cultura, cuanto más se enajenen al capital de afuera, que siempre vendrá del Norte, el suelo y las demás riquezas del país, tanto mayor es la prosperidad que se recibe. Explicase así que para el negociante que emigra constituya el criollo bilingüe un poder sin el cual su penetración en estos países sería casi imposible. Cuando de allá parte una de esas expediciones blancas, con ella viene el mensaje para el criollo bilingüe que ha de hacerla poseedora de los secretos del éxito pleno. Debe tenérselos catalogados y tarifados. Y ciertamente no erra el

capital que se ha dirigido hacia estas latitudes. El criollo bilingüe despliega cuanto artificio y rabulistería le llega a las manos, en beneficio del amo que lo paga y controla. Exalta las excelencias de la civilización que prodiga solamente el capital de afuera. Apaga la trascendencia de todo poder solicitado por ese capital. Aumenta en todo contrato las cláusulas gravosas y humillantes para la soberanía del país. Señala el atajo apropiado para escarnecer la ley que defiende contra el avance de las fuerzas extrañas que invaden el territorio patrio. Se emborracha hasta vérselo «boca arriba», como dice Heino del campesino polaco, en medio de una calle, sin sentido, cuando la borrachera es necesaria para inducir simpatías decisivas en el afinamiento del capital conquistador. Y si el momento llega, aconseja que la nación de donde llegaron desbordados los capitales amenace, ya sea para que los acepte, ya para que los deje expandirse sin obstáculos.

Es arma segura para el escalamiento el criollo bilingüe. Y cuando ya el poder extranjero ha circundado su zona dentro del país, no cesa él de adelantarse al pensamiento del amo, haciéndole todos los mandados que en sus manos ponga. Mientras tanto el país padece su sudor de sangre. La lucha es profundamente desigual. El criollo bilingüe tiene en sus manos las armas del amo implacable y los fingimientos propios, que son el señuelo más eficaz. Y del otro lado ¿qué hay? Una minoría de hombres desorganizados que quieren oponer sus aspiraciones a la rapiña organizada. Una mayoría de hombres indiferentes, «hechos como los ídolos de los moabitas, con ojos para no ver y oídos para no oír».

Mas, si del fondo de nuestro corazón nos sale la condenación para esa banda desalmada y voraz constituida por el criollo bilingüe, también sentimos llegar el aliento para el estudio de esta lengua admirable que es el inglés. Si aliento para poseerla con el espíritu de hombres que tienen una patria, no con la degradante sumisión del colono. Hablar el inglés sin desfigurar el rostro para conseguir el acento que agrade al rubio dueño del oro. Hablarlo, no para ponerse al servicio de las fuerzas que esfuman soberanías. Hablarlo, no para descastarse. Hablarlo, para que el país tenga intérpretes fieles que sepan dialogar con aquellas vidas llenas de justicia y nobleza que son la flor de la Nación del Norte. Hablarlo, no para cobrar la paga en dólares, sino para recibir directamente el buen influjo de las páginas admirables de un Sherwood Anderson, de un Mencken, de un Lewis, de un O'Neill, de entre muchos de los que ahora son luz en la Nación fuerte; de un Emerson, de un Stevenson, de un Poe entre los que se fueron y siguen alumbrando. Hablarlo con nuestro propio acento para que Costa Rica se pronuncie siempre Costa Rica, con belleza y energía.

Juan del Camino

Limón, Agosto del 29,

EXISTEN los poetas y los que confeccionan versos: extensa mayoría éstos, en todo tiempo y hoy acaso más que nunca; minoría ceñida los primeros. No menos tangible que tal hecho es lo arduo de definirlo, de puntualizar bien la entrañable diferencia que categoriza ambos grupos. El poeta-larva o poeta-eco, suele explayarse desde el untoso sentimentalismo de los chicos o chicas de salón o del obrero leído, hasta el redomado enmarañamiento y el tecnicismo jadeante de los eruditos y los repentizadores de escuelas literarias. En el fondo monta lo mismo: son siempre los chalanes de palabras, los que herborizan en las obras ajenas, los gritadores afónicos, los elegantes según el modisto más acreditado y aun los que revuelven el agüita de su charco para que no se vea el fondo y lo tengamos por insondable.

Riesgoso es trazar fórmulas, pero el poeta, el que viene con credenciales firmadas por la Naturaleza me parece reconocible en algo como un genial menester que lo promueve al canto, en el latir vivo de su ritmo, en su verso, no hechizo, sino criatura respirante que nos franquea un alma o inventa otra vez cada cosa.

Ahora bien, creo yo, sin gran miedo de errarla, que en algunos poemas de Luis Franco y en varios versos sueltos suyos, topamos con el más arisco de los hallazgos — un poeta.

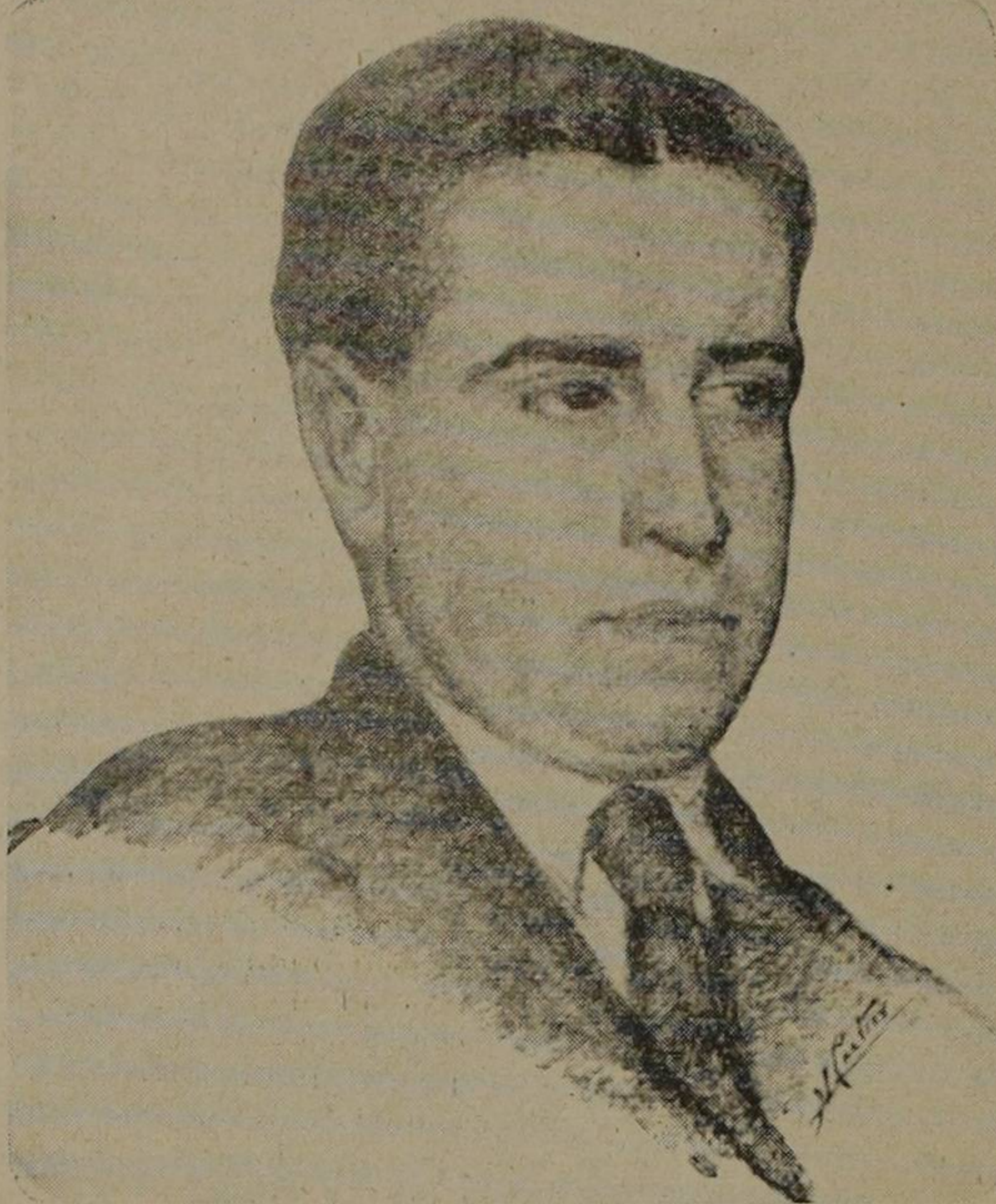
Abordé esa poesía en *Gay Vivir*, libro de ya numerosa nombradía. Del empiezo dos cosas me la personalizaron resueltamente: su alegría y su intimidad con la Naturaleza. Ponderé por cierto lo significativo de ambas señas.

Hay una indesmentible sentencia de psicología literaria: «La tristeza toma la pluma con mayor facilidad que la alegría.» La cofradía de los poetas, sobre todo, fué siempre devota del desánimo y la quejumbre. El amor que nos acorrala en la tristeza o la desesperanza; el irse de los días «más ligeros que la lanzadera del tejedor», la muerte, en fin, fueron los reclamos favoritos de su voz. Si se animaron a sonreír —y no sé qué de convencional aguaba esa sonrisa— fué sólo ante la añoranza de áureos antaños o la prenostalgia de los celestes logros. Su risa fué desazón de sátira o guasa de bufón o bigardo. Pero la alegría que es afirmación y revelación de vida, alacridad de euforia, «la alegría ligera y sagrada» de la felicidad, fué milagro que se guareciera en el verso.

Ultra los mandatos de su temperamento malicio que algo tendrá que ver con ese sesgo de la poesía de *Gay Vivir* accidentes de crianza literaria. Sé que en su madrugadora mocedad, Franco campeó con ardimiento por las páginas de los *Laudi*, las *Hojas de hierba* y casi todos los libros del catedrático de *La gaya*

Un poeta alciónico

— De Babel. Buenos Aires —



Luis Franco

ciencia. Pienso, en efecto, que tanto o mejor que ese tan asombroso verso dantesco en que se quejan en el infierno los enamorados de la tristeza sobre la tierra podrían dar acápites al *Libro del gay vivir* algún verso de Whitman — «To make the most jubilant song» — o algún aforismo nietzscheano: «La fuerza se convierte en la alegría de demostrar esa fuerza» o «La alegría más profunda que la pena.»

Con un holgado gesto de masculinidad, el poeta se acerca a la naturaleza, y tan intensa es su posesión que a través de la diversidad de las apariencias sensibles llega a intuir la unidad originaria, el todo viviente. No es esto una abstracción búdica, sino un sentimiento poético cuya entrañadura no desmenguia la percepción señera de cada cosa. Ciertamente, descónoce lo trascendental, pero, místico naturalista él también, «busca en la vida lo divino imperecedero». Piensa Amiel que la niebla reconcentra el alma del hombre, la vuelve como sedentaria y nostálgica y le infunde fe en los protectores inmediatos. Su poesía se expresa en la elegía o en el canto religioso. El sol, al contrario, nos derrama y dispersa en la Naturaleza. «El panteísmo es hijo de la luz.» Ahora bien, «solar» es el epíteto que significa mejor la poesía que visitamos. Un sentimiento de hondura pánica de lo creado y una vitalidad alciónica son las virtudes que mejor signan lo más auténtico quizá de la poesía que a través de buena parte del *Gay Vivir*, *Nuevo Mundo* y *Los trabajos y los días* mana en esos versos ávidos de la

vívida realidad y de la eternidad fugaz de un instante, cargados de juventud hasta la boca y por ello con esa vocación de permanencia.

No se me esconde lo operoso o imposible de captar en una fórmula o una palabra lo sustancial o indiosincrásico de un escritor o un estilo. Mucho más, está sobredicho, si se trata, como en el caso, de un espíritu ambicioso e inquieto como una proa.

Medítese cuánta es la distancia y aun la discrepancia que media entre algunas de sus hazañas más laureadas: *Loa del cuerpo sano* de tanta densidad y tan preclaramente anticristiano; la inspirada simplicidad popular de cualesquiera *Coplas*; el desmelenado coraje épico de *Los cruzados del oro férreos soñadores*; *Madre*, rezo de corazón de hijo de la más pura entraña patética; *Pasión y gloria* en que todas las cosas — el árbol, la nieve, el pájaro, la luz, el agua — viven la vida inimitable de los mitos con vehemencia ebria; *La espiga*; *El buey*, *El olivo*, que lo nombran patrono del verso geórgico; *Nocturno del regreso* — poema de profunda magia y acaso el de mayor dimensión interna — en que por la herida que le alumbró el amor nos vuelca la intensa intimidad de su pecho.

Creemos haber dado noticia más o menos fidedigna del *Libro del Gay Vivir*. De las *Coplas* basta verificar que lo son de veras, es decir, cantadas a pura voz y corazón de pueblo. *Los trabajos y los días* obliga quiera que no a este reconocimiento incorregible: nos fructifica las geórgicas ausentes en nuestra lengua.

Nuevo Mundo es libro que no se entrega al primer amago. Algún fervor solitario y alto habrá animado sin duda, pero la bienvenida pública, fué a lo que parece un clamoroso silencio... Quiero yo testimoniar las menguas de este libro, y digo que no hay por qué ahorrar estos descuentos a firma tan solvente. Didactismo, efectismo, *argutezze*, transacciones con algunas monadas de última hora — de todo eso hay un poco a ratos en alguno o algunos de sus poemas. (Los tengo por casi inevitables tumbos de conquistador en tierra grande y chúcar — ya que, con la venia del autor, hemos de ver en este libro sólo un trecho de una larga andanza.) Con todo quien se arrimare a ellos comprobará que nuevas y mayores categorías logra el señorío poético desde el verso de envergadura heroica que nos empuja el pecho como un clarín al caballo de pelea, hasta aquel en que la naturaleza se desnuda para nuestra fruición y adoración.

Obvio como en casi nadie, es en este poeta el don, según lo declaran el salto manantial de su verso, su sentir e intuir sojuzgadores de la realidad y su imaginación de poderío infatigable. (Y se trata,

EN un tomo de la cuidada y escogida colección *Cuadernos Literarios*, que edita *La Lectura*, acaban de aparecer ese boxeador y ese ángel; y una hora muerta, una «estrella» (del cinematógrafo) llamada Polar, una Susana saliendo del baño y un gallo de la pasión. Todo ello original, verdaderamente original, del joven escritor Francisco Ayala. (Cuyo retrato, dibujo de fino matiz psicológico, por Pérez Rubio, asoma pensativo en la subcubierta del libro.)

El nombre de Francisco Ayala no es todavía familiar al público ancho, que progresivamente va acogiendo con numerosidad de público grande—pero no de gran público—las «obras absurdas de los mixtificadores literatos de vanguardia», como ha dicho hace poco un Saint-Beuve de la calle del Ave María. Yo me permito aconsejar (a pesar del Saint-Beuve) que se retenga el nombre de Francisco Ayala en la seguridad de que muy pronto habrá de reconocerse por todos algo que no es un secreto para el pequeño grupo intelectual minoritario de las letras: que Ayala es uno de los valores más firmes y abiertos al porvenir de la presente literatura.

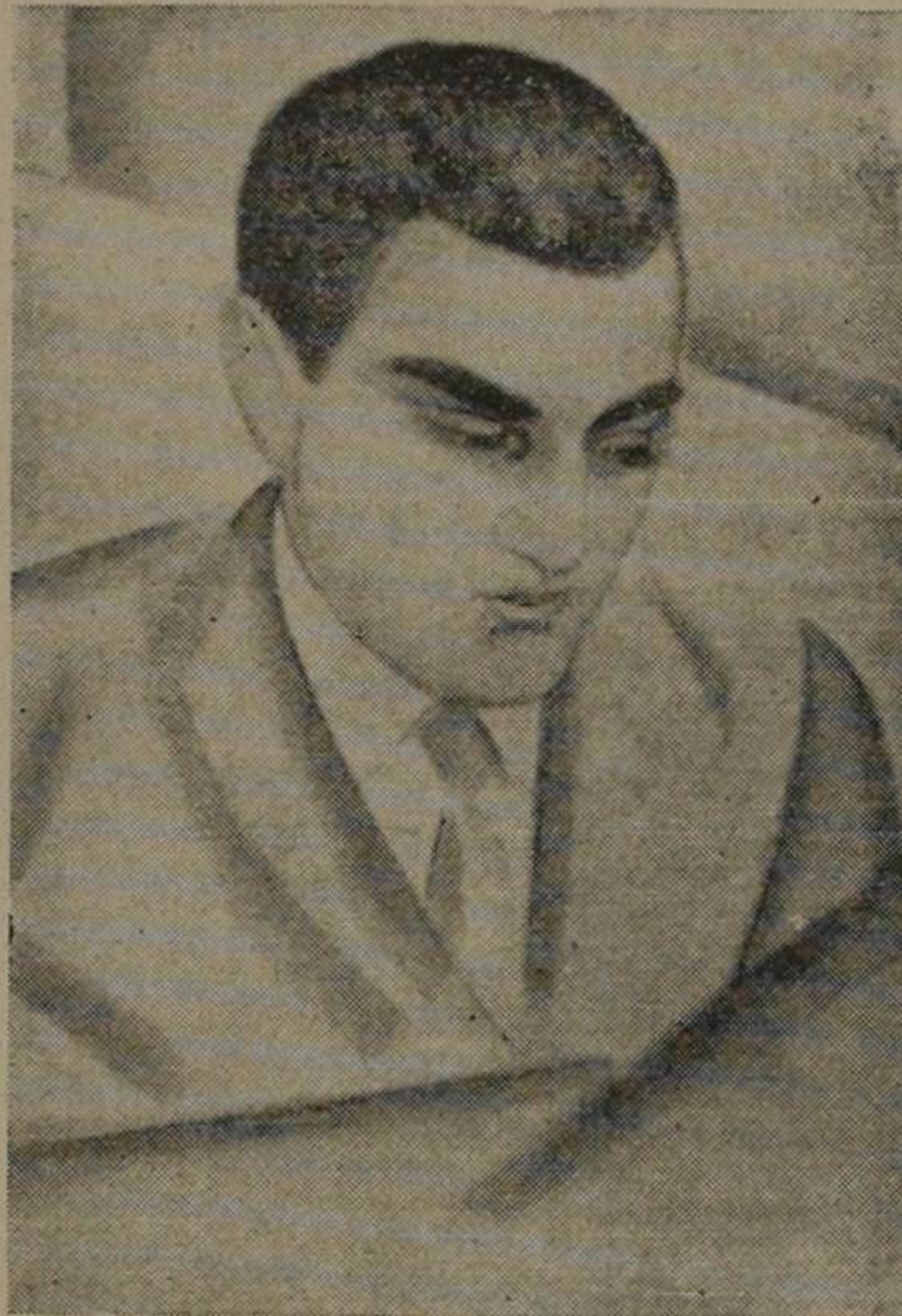
Desde su primer libro—*Tragi-comedia de un hombre sin espíritu* y luego *Historia de un amanecer*, al que siguió y sigue una labor asidua de novelista y crítico en la *Revista de Occidente* y en otras publicaciones de España y América—supo realzar sus cualidades profundas, netas, decisivas, de narrador y de ensayista. En una palabra: supo definirse.

Fuerza expresiva y visión moderna, son los rasgos característicos del estilo de Ayala que, al surgir espontáneos, revelan la efectividad sin maquillaje de una gran fisonomía literaria. Porque en él, esa cosa tan engañosamente fácil que se llama «vanguardismo» resulta de una actitud sincera del espíritu. «Hay, una razón—de generación—pluraliforme, cronológica, para que así ocurra. Pero hay, sobre todo, temperamento singular auténtico, sin el cual lo cronológico solo no bastaría. A menudo vemos por ahí escritores, artistas, de temperamento blando, dúctil, que se han adaptado a las normas del arte moderno, como se hubieran adaptado a las del arte naturalista, o a las del arte romántico, si hubieran nacido y vivido en las épocas en que éstos florecieron. Pero se les nota. Se vé que siguen una moda, que realizan una ficción a veces admirablemente representada, mas nunca tan perfecta que no deje lugar a la revelación del fraude. La cuestión, en literatura como en todo, es, ya lo dijo Hamlet, «ser o no ser». Y Francisco Ayala es. Ha nacido escritor de raza, y ha tenido la

Literatura actual

El boxeador y un ángel

=De El Sol, Madrid=



Francisco Ayala

Por Timoteo Pérez Rubio

suerte de coincidir con la época en que mejor podía desarrollar sus facultades. Por eso le vemos llegar tan rápidamente a resolver problemas de técnica y manejar registros del oficio literario, que por regla general no se entregan al escritor en la primera, casi siempre vacilante, fase de la producción.

En *El boxeador y un ángel* hay junto a formas conceptuales o temáticas, ceñidas con impecable maestría a la expresión, otras, demasiado apretadas dentro de ella; como si el autor hubiese temido caer en los peligros del arabesco y del verbo superfluo. Pero lo que no se advierte nunca en las cinco narraciones que contiene el volumen es lo «agraz». Lo «agraz», forcejeo previo con la materia y las ideas rebeldes, suele provenir de la ignorancia de la técnica o de la timidez imaginativa, y Francisco Ayala no tiene nada de ignorante ni de tímido. Al contrario, se muestra sabio y valeroso—heroico parecerá, sin duda, a nuestros académicos y academicoides—en infinitas ocasiones. Entresacamos al azar los siguientes ejemplos: «Pero le detuvo un paisaje de melenas y bicicle-

Antonio Espina

tas que se le echaba encima, compacto; niñas de muslos rosa, alternos, y pechos divergentes, de victoria, punzando los jerseys. Las gomas circulares borraron al pasar su intención, y el tropel de flores ligeras—acero, carne, viento—le sacudió como un ventilador, la tristeza.» Y esto otro: «Había caído, naufragio de la esponja, en un cubo de agua, la luna, despedazada. (El crimen de la noche.)»

El gusto por la mezcla de la burla y el lirismo, elementos que aparecen en casi todas las obras de la literatura moderna, no sólo española, sino europea, muéstrase con innegable evidencia en las páginas de *El boxeador y un ángel*. Pero con fórmula personal inconfundible y acento propio. Precisamente lo que caracteriza y distingue a Ayala como ya he advertido, es la autenticidad de su condición de artista; y para ser auténtico, se requiere, premisa indispensable, ser original, tener personalidad. La parte poética, vigilada sin tregua por una conciencia crítica que no tolera desbordes de ninguna clase, mantiene su fuero imaginista sin detrimento de la parte constructiva y novelesca. Nada de barrocos, ni de algarabías de color. Sin embargo, el color—y color acendrado y entero—no falta.

Prueba del ejercicio retiniano constante en las descripciones y en la disposición de los elementos visibles, es la frecuencia en el empleo de la imagen plástica; cosa que también prueba y denuncia la naturaleza meridional del escritor. En efecto: Francisco Ayala nació en Granada, y forma con Federico García Lorca y Melchor Fernández Almagro, ese triunvirato granadino, tan valioso y destacado, en la moderna literatura española.

Alguna vez he aludido a un fenómeno que considero peculiar y significativo en la producción literaria de nuestro tiempo. El de la abundancia de libros de tipo experimental. Hoy se escriben muchos libros, en los que el autor pretende, ante todo, realizar un ensayo, practicar con absoluto desinterés una fórmula estética pura. Tal propósito no desplaza la finalidad coincidente de satisfacer las apetencias de los lectores, siempre que éstos sean comprensivos y cultos, y se hallen preparados para gustar la belleza de lo conseguido y el espectáculo psicológico del esfuerzo. En *El boxeador y un ángel* nos ofrece Francisco Ayala las dos cosas: logros remarcables, sazonados, perfectos, y el espectáculo de sí mismo, del propio investigador, verificando sus experimentos. Con la mejor fortuna.

sobre todo, de la arisca «fantasía para la verdad de lo real» que encarecía el maestro). Y convoyando la virtud matriz van las otras que han armado un artista experto de innumerables secretos y de un verbo cada vez más sobrio y más capaz y asistido de una voluntad insomne.

Aventura que hasta hoy—y sin que eso signifique mirar de soslayo sus otros logros indiscutidos ni mezquinar fe al mucho porvenir que *Nuevo Mundo* promete ni menos aun al de ese profundo huerto pasional a que encaminamos el inesperado *Nocturno del regreso*—por encima de todo, Luis Franco nos pone en presencia de un veraz poeta de la

naturaleza—no un fotógrafo ni un paisajista, entendámonos—sino un sentidor de la Naturaleza viviente, uno de sus íntimos, en esos cantos de serenidad religiosa o de alegría más purpúrea que una vendimia.

No ha de ser tampoco extraño a mucho de su arte la vida de este hombre. «El solitario de Belén» es maestro de surcos

y de árboles. Baqueano en el arado y el machete de monte, las geórgicas que canta las vive primero con dureza. Un íntimo hospedarse en algunos ojos que privilegiaron sus coplas, un desfogarse en partidas de caza son todo el desquite de su porfiado y atareado aislamiento. Mozo quito de cualquier ambicionar burgués o doctorero no tiene más mundana codicia que su libertad, mantenida a coste recio, querida como le es «más

que los senos de su compañera de lecho».

Le veo en su biblioteca, cuya estantería salió de sus manos, recién apeado de su caballo que resopla afuera, sentarse, calzadas aún las espuelas, a su mesa de trabajo, enfrentando las sombras del Cellini y del animador de *Calamus*, al lado de sus caramañolas y escopetas de caza, cerca de su perro acegando a compás de la pluma que trota ya de avanzada...

Mario Juárez

Una entrevista con Luis Franco

= De Babel, Buenos Aires =

Dos veces encontramos al hombre. Recio, moreno, madurado a fondo por el sol montañoso de Catamarca. Su diestra que se enorgullece de saber guiar manceras, aprieta con firmeza la mano que se tiende amiga. El hablar rudo, precipitado, y el mirar abierto completan la impresión de fuerza y de llaneza que se goza en su compañía.

Hombre de surcos y de versos, este Franco que baja de su Belén de Catamarca como un río de fértiles aguas, respira la lozanía de alma de su *Libro del Gay Vivir*. Por eso es fácil hacer que el poeta que en él hay se transparente a través de la rudeza campesina que el hombre exterioriza con altiva modestia.

Viejos recuerdos de Virgilio acuden inevitablemente: Las Geórgicas... El poeta campesino, labrador de su tierra... Pero ante nosotros está un hombre moderno, un poeta de hoy, con acuciadoras inquietudes de mañana. *Nuevo Mundo*. Así se llama la enseña de su ambición actual: A roturar nuevos campos; a descubrir nuevas posibilidades, por la ruta de los nuevos. Y aquí la palabra que dice novedad viene densa de vida acabada de conquistar.

Sabemos que el camino de Franco viene atravesando huellas milenarias. Sabemos que nada ignora el poeta de la ciencia del verso; que su cultura es amplia. Por eso nos interesa la razón honda que le ha hecho cambiar de ruta.

Por el camino de las ideas es fácil llegar hasta él. Resbaladizo camino... A la primera insinuación nos responde con un torrente de su palabra brusca y precisa:

—Puede advertirse que, allá, de cuando en cuando, a lapsos más o menos largos, según el ritmo vital de las épocas, el *homo litteratus*, hastiado de una reiterada costumbre literaria, que se ha vuelto pura rutina, se siente ungido por la urticante comezón de un estilo nonnato. Se trata, en verdad, de substituir una fórmula de arte, ya desmonetizada, por otra de fehaciente eficacia... durante algunos lustros. Pero los insurgentes, jacobinos con guillotina y todo, creen decapitar de un tajo todo el viejo régimen de la literatura e inaugurar de un porrazo la nueva era... Así, los románticos con los clásicos. Así, los realistas, los parnasianos, los simbolistas, los superrealistas con la escuela que inmediatamente les precedió.

—¿Entonces, mera necesidad de desan-

quilosar la emoción, demasiado reposada en viejos moldes?

—No. Lo antedicho no quiere descreer —antes, al revés— lo necesario e indispensable, lo salubre y salvador de las renovaciones y revoluciones en el arte; pero sí quiere vocear su conmiseración más entrañable por los pavipollos de aquí y de cualquier parte, que se descubren, con fe mahometana, los fundadores de la nueva égida literaria; que ahincan su grandiosa contracción en las más raquíticas minucias de la técnica, perdiendo, a puro «virtuosismo», la poca «virtud» que tuvieran; que ordenan leyes, con artículos, incisos y todo, pontificalmente, sobre toda cuestión estética; que se promulgan, con inocencia que reclama babero, los inventores de la metáfora...

—Esta nutrida granizada sobre el tejado de cierto sector literario, parecería querer alejar toda amenaza de tormenta para otro barrio, bastante vapuleado por la gente moza en los tiempos que corren.

—No hay tal cosa. Con lo dicho no pretendo, ni mucho menos, sobornar la incorruptible estupidez tradicional de los cura párrocos de nuestra feligresía literaria.

—¿Decididamente, con los nuevos, entonces, apesar de la granizada? ¿De parte de la victoriosa metáfora...?

—La metáfora, más o menos con sus prestigios y sus alcances actuales, es novedad prehistórica. No haré valer el testimonio de Hugo, Mallarmé, d'Annunzio o cualquiera de los manoseados modernos; ni siquiera el de Shakespeare o Góngora. Sobra con Esquilo («El mar, semejante a un bosque»); el polvo «hermano sediento del lodo» o Job («nubes, odres del cielo»), o Jeremías («Nabucodonosor se vestirá la tierra de Egipto como un pastor su capa») — «su aljaba, sepulcro abierto», o los Poetas árabes

(«le daremos por alfombra el terciopelo de nuestros ojos y la púrpura de nuestros corazones» — «el arroyo que corre como un niño, reprime sus risas»).

—Sí, pero la metáfora de hoy no es ya un mero adorno ni una relación de exterioridades. Es material para la construcción misma del edificio poético; aspira, por relaciones íntimas insospechadas, a crear una realidad suya, intérprete de nuestra realidad exterior.

—En efecto. Y creo, por eso, que la metáfora tiene, profundamente, su lógica: lógica de la fantasía, por contraposición a la lógica del entendimiento —lo visualmente absurdo puede ser artísticamente válido — pero que no es, ni mucho menos, la ilógica del capricho. Las metáforas mancas o fallidas son legión.

La metáfora debe tener su motivación suficiente, es decir, no estar donde esté como una intrusa ni como un adorno, sino como dueña de casa, y crear su propio ambiente: su círculo de encantación.

Todas las imágenes de un poema deben convivir íntimamente — «orgánicamente» — en él, para lograr esa unidad de impresión o «totalidad de efecto» que postulaba. Poe para el cuento. (Pasión y Gloria, es, acaso, mi ejemplo menos defectuoso.)

Todo elemento que no contribuya a potenciar una imagen no hace sino obscurecerla, porque acumulación no es creación.

—Crear... ¡Creación! Son las palabras que los poetas de hoy arrojan al rostro de los hombres con insolencia de dioses. Y, de veras, la alquimia de la metáfora parece que hubiera puesto a los artistas en la pista del Verbo.

—Yo creo así: Siendo la naturaleza real el punto de partida del artista para llegar a su propio mundo, o el material para traducirlo (eureka, el verdadero superrealismo!), la metáfora por su condición de enlazador o correlacionador de las cosas más distantes, es el más eficaz y genuino instrumento de poetización, es decir, de creación. Es el Eros verbal, diríamos, si nos sentara la solemnidad, como a cualquier negrito papudo y filosofizante...

—En las nuevas obras de «creación» se respira una suerte de alegría dionisiaca: El placer de haber hallado algo.

—Sí, es el albricias del acierto. Lo pensó ya Goethe, con palabras inspiradas: «De nada sirve el pensar. Hay que acertar por naturaleza, de modo que las ocurrencias afortunadas se nos aparezcan y nos griten como libres criaturas de Dios: «aquí estamos nosotras!» Y, todavía, una adhesión más, esta vez hacia Hebbel: «La razón razonadora no puede penetrar los misterios del arte, y es tan incapaz de exponer en su sistema de estética su esencia, como de expresar en la teología lo que es Dios, o en la física lo que es la naturaleza».

—¿Y lo demás?

—Lo demás, trabajo y obra cumplida.

Este es el hombre, y esta es su actitud. Con él, o contra él; Franco no admite posiciones dubitativas. Todo él es afirmativo y preciso.

Aurea

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

CAROLINA Remy-Severine—nació hacia 1855, de familia burguesa. El adjetivo no dice nada para Chile o Colombia, o dice un concepto falso, con el que se insulta. El burgués se conoce en pleno sólo en Francia y un poco en Alemania; en nuestros países apenas lo hemos visto asomarse, porque el español ha sido la criatura menos burguesa de este mundo. Explicar el adjetivo, que en Europa es sustantivo absoluto, resulta largo y lo dejo para otra ocasión.

Parece que su familia pertenecía al orden de la de Jules Renard, o sea a la del pobre *Cabeza de Zanahoria*, que todos nos sabemos. Por librarse de ella, Carolina se echó de bruces a los quince años en un matrimonio desastroso. El divorcio le dejó desembarazada la vereda donde se cruzó con un hombre bueno, para la mujer de empecinada independencia que ella era: al doctor Gebbard, sabio joven de la Escuela de Medicina de París. El médico veía los defectos y las cualidades de la criatura con la misma calma con que volteaba la materia orgánica en su menester de química. «Una resina es una resina y no una fécula», y la dejó hacer *lo de ella*, porque además *lo de ella*, era sano, y él se sabía su resina con reacción y todo...

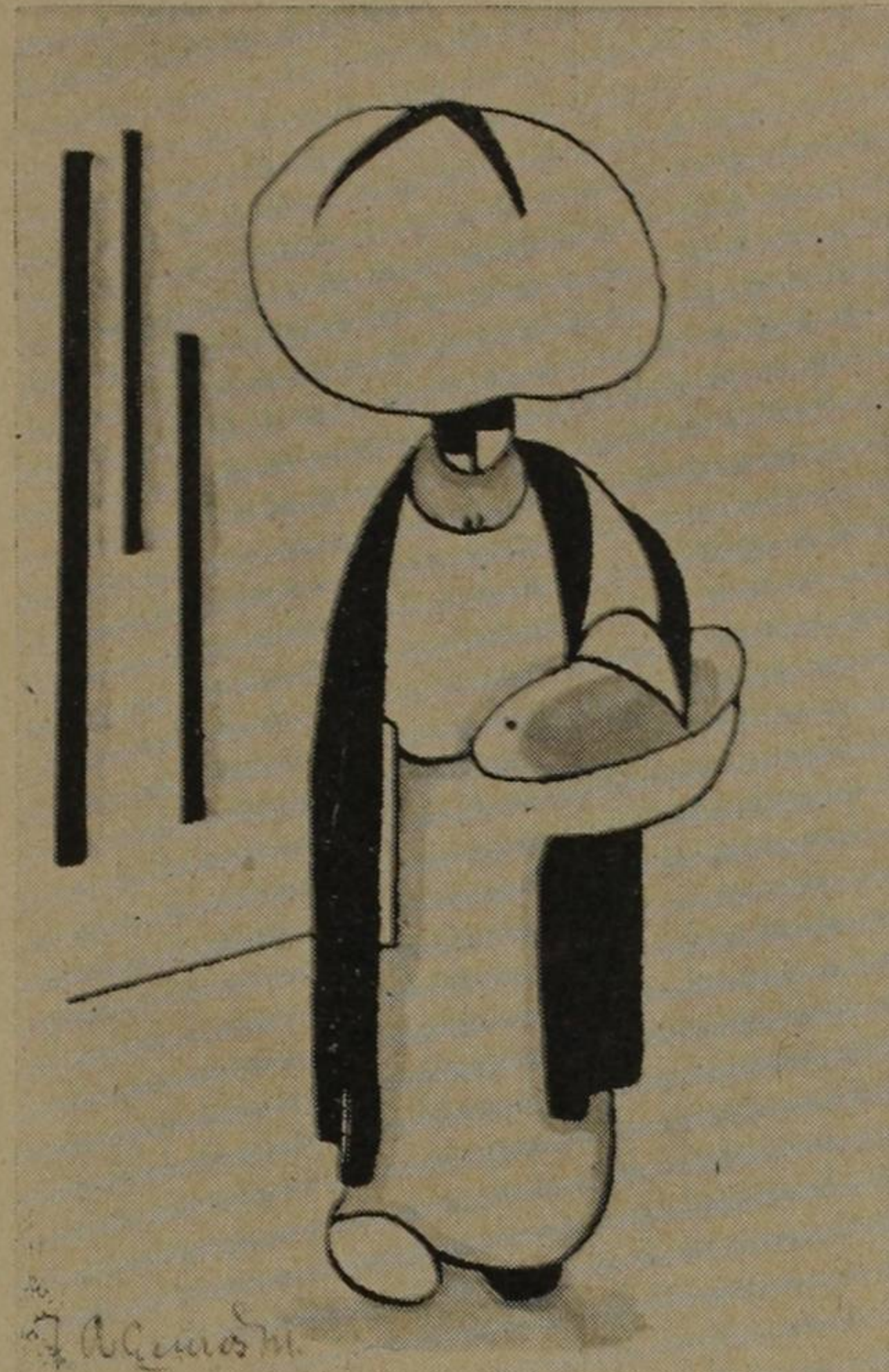
En un viaje de ambos a Bruselas, Carolina conoció a Jules Vallés. El polemista imponía como todos los fuertes un dominio, voluntario o involuntario a los que le rodeaban y Severine fué atrapada, como lo son ciertos peces por el magnetismo del casco de los navíos, a los cuales siguen hasta el riesgo de la costa.

Vallés volvió a París a fundar con el doctor Gebbard y con Severine el *Grito del Pueblo*. Buen tuétano en Vallés, sólo alguna facción torcida por la violencia, cuando no por el jacobinismo del momento. Vivió en rebeldía natural con lo establecido, disgustado del mundo sin generosidad en que había caído—cualquiera en que se caiga lo mismo—y dotado de una naturaleza patética, la peor con que se puede abrir los ojos en la Galia. El público español conoce del patético vallesiano la novela *El Niño*, en la que, desprendidos algunos gajos, queda siempre una pulpa de un fuerte capitoso que nos place.

Severine se quedó con él, escribiendo sus prosas de indignada compasión, o colaborando en el mismo libro del maestro, que llegó con ella al consentimiento de dejarla poner la mano en su obra misma. Mientras tanto, la maledicencia formaba círculo de dientes blancos al grupo e hizo lo posible por echar a Gebbard sobre Vallés y arruinar el periódico. Poco o nada consiguieron y el grupo sólo se desmigajó con la muerte de Vallés.

—«Se murió en mis brazos; se me acabó el tutor de mi pensamiento», contaba Severine, con su temeridad de mujer buena. En los brazos se le quedó por la vida. Ella logró que Puy, la ciu-

Gente francesa: Severine



Por F. A. Quirós.

dad en que nació Vallés, le honrara con un monumento; ella le procuró la sepultura bella del Pere Lachaise; ella le defendía, ayer no más, de una alusión de M. Emile Mâle, en un discurso académico. Quien quería hacer en el aire una pirueta mala con los huesos del líder, se refrenaba al acordarse de que estaba viva aún aquella vieja lealtad larga.

Acabado el periódico de Vallés, Severine entra a colaborar en la gran prensa parisiense casi entera, sin hacer reparo en el dominó blanqui-negro de la ideología política. Escribió para *Le Gaulois* lo mismo que para *L' Oeuvre*, para *L' Echo de París* lo mismo que para *Le Petit Provençal*. Algo se había mudado en ella con la experiencia y parece que ya no dividía los grupos en «camarada» y «extranjero», sino que pellizcaba al bueno como una baya en cualquier rama y lo usaba para su gestión.

La gestión eterna de Severine.—

Su gestión eterna consistía en la defensa del «fuera de la ley» que estaba exhibiéndose en la plaza del escándalo esa semana; o bien en acomodar el desorden número dos mil de la sociedad organizada. Con el mismo pulso escribió en los originales de los veinte y de los setenta años las expresiones venidas a menos de «perdón», de «longanimidad», que componían con otras idénticas esa familia de palabras que todos llevamos, pronta para la necesidad, como pegada al índice y al cordial que

escriben, y que se nos caen sobre el cuaderno casi solas.

Lenguaje añejo, que hace agua como una barca, decían de ella; sensiblería sacramentada y que aún no despique; pasión tonta del pobre, aunque el pobre sea el pícaro abierto en res... Ella sabía como el más lúcido juez de la Berton o de Padlewski que sus ahijados de defensa olían mal sobre su espalda, cuando caminaba con ellos hacia la imprenta. Pero no trotaba menos por eso, la buena. Y es que entendía también que, cuando la sociedad ha echado sobre el delincuente sus cien profesionales del castigo, que cuentan delante de una mesa los agravantes del delito con una paciencia sucia, si uno sólo se halla dispuesto a defender, ha de volverse un poco pantera para tumbarlos, y si aún así la derrotan, ha de apelar a la compasión loca de Tolstoy en la parábola del perro muerto: «¡Qué lindas perlas eran sus dientes!»

A alguno que la llamó «madre de podridos» pudo contestarle que casi todos los que están enteros tienen una madre—que casi les sobra—y que los podridos aullan por ella cuando caen en la trampa. Esta caridad *desatentada* según la adjetivación prudente, en verdad sólo *desesperada*, llevó a la sin creencia hasta los pies de León XIII, por alcanzarle una palabra condenatoria del antisemitismo, que el Papa de la inteligencia en filo blanco le dió sin regateo.

No soltó, decía yo, la cuerda burguesa en sus relaciones personales Severine, como no la soltó en el periodismo.

La burguesía no la ablandó nunca, sin embargo. Existen unos insectos marinos que no respiran el aire de la masa de agua, y viven de un poco de aire cogido arriba y prodigiosamente guardado por ellos. Vivió así Severine en medio de su gente.

La última vez que golpeó puertas ajenas en el proceso Sacco y Vanzetti, su petición de indulto consiguió reunir formidables firmas francesas. La pobrecita no sabía nada del búfalo yanqui, que bajó la cabeza como un pisa-papeles de cincuenta kilos sobre la sentencia, a fin de que nadie de los cuatro puntos cardinales se la moviera, y no la levantó sino después de la ejecución...

Después de los «fuera de la ley», Severine quería a los animales y les daba un cuidado bien distinto del de Colette, que viene a ser un restregarse de gato contra gato. Los veía en niños de la vieja naturaleza, que en el mismo momento hacen una linda pirueta y dan el mordisco.

Profesión de fe de Severine: «—Yo amo en este mundo los pobres, la justicia y los oficios.» Sólo que ella ponía «justicia», por acatamiento a su credo socialista, y sin darse cuenta de que la palabra pagana se peleaba con su caridad; se creía Severine un justo, y era precisamente una anti-justo. El piadoso absoluto vive a la caza de cada presa

que la Justicia tiene entre los dientes, para arrancársela de un salto en un descuido.

El oficio lo quiso en ella y en los demás, como lo que es: la única prueba válida de nosotros, donde se nos tocan los sesos y las probidades. Once artículos por semana debía escribir la pobre vieja para ir viviendo y se pueden recoger con desahogo cincuenta volúmenes en sus crónicas. Agonía adentro, aún prometía a un visitante el artículo próximo. El artesano francés, de letras o de telas, se acaba así, pegado a su oficio fino como la manzana a su pielcita. Son leales a lo suyo, y a veces solamente a lo suyo, y tal vez no se equivocan. Los que andamos prestándonos a lo ajeno, nos encontramos un día con la casa sucia o sin fuego.

La estampa que deja a los que le quisieron es la que yo ví en el meeting por Sacco y Vanzetti, del Trocadero. En la cara arruinada, los famosos ojos, bellos aún, guardaban su rescoldo; la masa de los cabellos tenía la grosura del mirto nevado durante un día; la mano se conservaba noble—las tuvo perfectas—, y como nutrida por la leche de su compasión de cincuenta años; el gesto se le había quedado caliente para convencer.

La obra.—Le atribuyen sus amigos como Lucien Descaves un gran estilo y una obra durable. Me parece a mí que no tuvo sino el corazón genial, servido por una manera de periodismo directo, de urgencia y calvo de calidades. No necesitaba más. Con eso ayudó a la co-

rrección de la miseria, de la podre en bloque y de la individual. Su literatura social, al revés de la marxista, que repugna los casos individuales, buscaba al pobre con nombre personal y,—gesto feo,—que es al que cuesta querer. Resulta mucho más cómodo echar la capa sobre la miseria en continente que atender un pie quebrado, mucho más si se recibe al agacharse un mal resuello. La beneficencia oficial se hace a la legua del tarado y precisamente por eso ella hace cifra estadística y no ética. La caridad como rezumadura del corazón en todos los tiempos se ha cumplido con un palmo entre ojo y ojo.

A causa de este medioevalismo de la compasión en Severine, algunos radicales le habían vuelto la cara. «¿Para qué?» y se le habían ido con las otras de este minuto, Junos sin pecho de 1929, que hacen también una literatura sin pechos. Ella les dejó irse, pensando en que, al caer en el cepo, le mandarían la cartita de todos, apelando a la pobre vieja cuya sangre corría veteada de leche.

Una anécdota para concluir: Cuando yo vivía en La Cantera de mi segunda escuela, hambreada de libros, de los malos y de los buenos, Eduardo Gentoso me llevó las *Páginas Rojas* de Severine, relatos de tragedias mineras de Francia. Así fué como su caridad fué a visitar a la mía, en una aldea chilena con golpe de mar en los pies, un día que no fué, gracias a ti, Severine, como todos los días, y que no he olvidado nunca. Hace de ello veinte años, Severine.

Gabriela Mistral

Paris, Mayo de 1929.

(Tomado de los diarios sudamericanos. Es prohibida la reproducción.)

Manifiesto de la Federación Universitaria Hispanoamericana al Dictador de España

Al Excmo Sr. Marqués de Estella, Presidente del Consejo de Ministros.

Excmo. Señor:

Los estudiantes hispanoamericanos residentes en Madrid que constituimos la Federación Universitaria Hispanoamericana, a V. E. con el debido respeto venimos a exponer:

Que habiéndonos mantenido en todo momento al margen del conflicto surgido entre el Gobierno de V. E. y la Universidad Española, por no ser nacionales y prohibir nuestros Estatutos el intervenir en asuntos de índole política o religiosa, nos vemos obligados, a pesar de ello, a hacerlo hoy, por estimar que, como hispanoamericanos y como universitarios, no podemos permanecer indiferentes ante el aspecto que actualmente presenta dicho conflicto, que deriva hacia una negación de los valores espirituales que admiramos y cuyas enseñanzas hemos venido a seguir.

La razón del renaciente interés por España en América, débese principalmente a la labor realizada en aquellas tierras mediante el libro y, de modo más directo, la conferencia, por personalidades de la intelectualidad española,—tales, sucintamente, como don Rafael Altamira, don Fernando de los Ríos, don Adolfo Posada,

don Luis Jiménez de Asúa, don Camilo Barcia Trelles, don Ramón Menéndez Pidal, don José Ortega y Gasset, don Manuel Gómez Moreno, don Américo Castro, don Sebastián Rocasens, don Gregorio Marañón, don Gustavo Pitaluga, don Pío del Río Ortega, don Roberto Novoa Santos, don Florestán Aguilar, don Blas Cabrera, don José Casares Gil, don Luis de Zulueta, etc.—quienes hicieron que se olvidara la frase, que aún nosotros, jóvenes, hemos oído muy repetida, de que «desespañolizar es civilizar».

Ha sido interés de convivencia con esta intelectualidad española, lo que nos ha hecho poner nuestro horizonte cultural en España, lográndose así en nosotros una integración racial que tiene su más clara expresión, en la hermandad auténtica que con los estudiantes españoles formamos. Por este amor a la cultura de España y por esta entrañable convivencia dentro de su Universidad, nos consideramos nosotros universitarios españoles.

La palabra de la intelectualidad española tiene cada día más agudas resonancias en nuestra América, y en la enseñanza que ella nos da, recibimos los estudiantes hispanoamericanos residentes en España, el cada día más acendrado mensaje de amor y de inteligencia, que, a nuestro regreso, hemos de rendir ante nuestros connacionales.

Una nota oficiosa del Gobierno de V. E. ha declarado que el valor de la Universidad Española es nulo; que carece de eficiencia formativa, que no es esencial para la vida de España su existir. Y en acto de público homenaje a V. E. celebrado recientemente en el **Cine del Callao** de esta Corte, hemos oído un «abajo los intelectuales» que, acaso por el duro perfil de su expresión, ha conmovido profundamente la honda raíz de nuestro amor a esta noble Madre Patria.

Manifestamos a V. E. que en cuanto venimos exponiendo, no hay sino gratitud para aquel sector español que, habiendo resucitado en nosotros amores de raza, vemos hoy oficialmente desvalorado.

Terminamos haciendo constar que si no se estimasen suficientemente valederas las razones afectivas que damos, para que de modo oficial se reconozca su prestigio a la Universidad Española, se tenga en cuenta que cuantos aquí estudiamos, hemos venido a hacerlo, confiados en el efectivo valor que tenían los títulos por ella expedidos; y que no sería justo—mucho más habiendo sido llamado buen número de nosotros generosamente por el Gobierno español a disfrutar las becas por él establecidas—fuéramos ahora a regresar a nuestros países con títulos categóricamente desvalorados por el Gobierno del Estado que nos los dá. Esto nos haría pensar que de modo cierto, quedándonos en nuestras respectivas patrias, hubiéramos obtenido títulos en sus Universidades de competencia universalmente reconocida, que de ninguna manera nos dejarían, como posiblemente nos dejarán los españoles que obtengamos, en postura desairada dentro del campo de la respectiva profesionalidad.

Lo que con sentimiento sincero de nuestra parte ponemos en el conocimiento de V. E. seguros de que le dispensará merecida atención, ya que cuanto venimos diciendo se inspira en interés del más puro hispanoamericanismo.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Rubén Salido Orcillo (México)
Presidente de la F. U. H. A.

Eduardo Cuadros Pacheco (Perú)
Secretario General

Madrid, 24 de Abril de 1929.

Emilio Pérez Liendo, (Perú), Pedro Hernández Valle, (Pto. Rico), Neftalí Rivas Plata (Perú), Enrique Cuchi Coll, (Pto. Rico), Pompeyo Gallardo, (Perú), Julio Galvez Orrego, (Perú), Angel González Larroca, (Pto. Rico), Luis Augusto Carranza, (Perú), Ernesto Santaballa, (Cuba), Saturio Díaz Ufano, (Perú), Noé Huaman Oyague, (Perú), José Macedo, (Perú), Art. García Paladini, (Argentina), Juan A. Luna, (Perú), Cecilio Guzmán de Rojas, (Bolivia), Guillermo Enciso Velloso, (Paraguay), Rafael Barrios Sierra, (México), Alberto Miranda González, (Chile), Ricardo Cornejo Gutiérrez, (Perú), César Ulloa Horna, (Perú), Armando López González, (Cuba), Manuel Salas Cornejo, (Perú), Alfredo Villa Colochón, (Perú), Antonio Díaz Gomar, (Guatemala), Roberto Luna, (Perú), José María Balma, (Costa Rica), Osman del Barco, (Perú), E. Mispireta, (Perú), Manuel Lara Fernández, (Sto. Domingo), Rodolfo Barón Castro, (El Salvador), Luis Sánchez Martín, (Panamá), Carlos A. Cuerdo, (Perú), Julio César Holguín, (Perú), Pablo Zelaya Sierra, (Honduras), José Amador Guevara, (Nicaragua).

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

Toro de once

México, D. F. Julio 1.º 29.

Mi querido García Monge:

Ud. sabe, naturalmente, quién es don Artemio del Valle Arizpe, nuestro gran colonialista, que escribe cada día cosas más finas, más donairosas y más deleitantes. Le he pedido que me permita enviarle para el Repertorio, que, como todos los escritores de América, él tiene en grande devoción; y ahí van, con ésta, esas cuartillas suyas, que estoy seguro habrán de agradecer los que leen con amor su eminente semanario

Hasta muy pronto. Le abraza,

Mediz Bolio

vejiga en la mayor parte de las casas; cohetes voladores, que rayaban la noche con su oro fugaz, complicados castillos y girándulas; escaramuzas, mascaradas a lo faetto y ridículo, alegrías de juegos de cañas y toros. No se oía por las calles más que el suave roce halagador de la setla; sólo se oían fragancias delicadas que emanaban de todos los trajes. Risas y cantares cruzaban por el aire.

Se alzó la plaza de toros donde el siniestro quemadero de la Inquisición, frente a San Diego. La plaza era cuadrada y se dejó dentro una ancha acequia para las regatas que hubo con numerosos remeros vestidos todos ellos con verdes lampazos de la China. Tenía el coso diez andanadas de tablas, insuficientes para contener el enorme gentío que pugnaba desde temprano por asistir a las corridas. Los palcos se forraron ya de sargas listadas, ya de ruán de cofre, iluminándolos hachas de cera de Castilla o de Campeche. A todas las corridas asistió el Arzobispo- virrey, y los graves señores inquisidores, los de la Audiencia, el Cabildo Eclesiástico y el de Ciudad. En los palcos inmediatos al del Arzobispo- virrey, don Fray Payo Enríquez Afán de Rivera,—muy llenos de colgaduras y de adornos, se colocaron todos los religiosos de San Juan de Dios, que tomaron a su cargo el abundante obsequio de los dulces y refrescos de costumbre, todos insignes como salidos de manos doctas de monjas, y que ellos mismos sirvieron al Virrey, a los inquisidores, a la Audiencia, al Ayuntamiento y al goloso Cabildo Eclesiástico. Su Ilustrísima don Fray Payo Enríquez Afán de Rivera obsequió a los toreros con cuatro fuentes de dulces cubiertos. Los

oidores y municipales les mandaron buenas galas en dinero, y bandas bordadas, los frailes juaninos.

A mañana y tarde se corrían toros y ansiosa, apresurada, salía la gente de la plaza para ir a otras fiestas. En una de las corridas de la mañana, en el alegre toro de once, una res hostigada, corneó a un lidiador negro y lo dejó en el sitio con todos los intestinos temblorosos, derramados por encima de la roja y ancha herida que le abrió el cornúpeta que le siguió revolviendo con insistencia la cara entre el hígado y las piernas entre los prietos bofes. Hubo largos gritos y desmayos de damas, emoción y palidez en todo el público. Al día siguiente, por el horror que produjo la roja destripada del negro toreador, se suprimió el toro de once, lo que no fué muy del agrado de la mayoría de las gentes, ni menos aún de los bullangueros estudiantes. La plaza se hallaba henchida, pletórica, hervía de gritos. No soltaban al toro, pero tampoco nadie se movía de su asiento. Todos protestaban con furia, se desgargantaban a voces. Las bocas no estaban llenas más que con adjetivos atronadores. Que el toro no saldría porque estaba suprimido, se volvió a repetir, y que ya era inútil esperar, pero más subió la espantosa grito y algazara; se rompía el aire con altísimas aclamaciones, se escupían injurias y amenazas. Nadie se iba de la plaza. Pero de pronto, todos a una, saltaron a la arena con enorme guazanga, numerosos estudiantes de la Universidad. Los padres de la Merced, que se hallaban en la plaza, fueron a sosegarlos, a ponerlos en paz. Los estudiantes abrieron el toril, y saltó bufando al ruedo el toro más boyante y con más brío que se había visto, era cárdeno, calcetero y como de seis yerbas, sus cuernos eran tan largos como palos, de navío y con más punta que las más sutiles agujas.

Los estudiantes no se arredraron. Con sus capas le empezaron a sacar arriesgadas vueltas entre los atronadores aplausos del gentío. El toro desvernancó a uno, hirió a otro, a muchos los lanzó a los aires, sacándolos casi de la zona atmosférica, a los más les dió revolcones tremebundos, pero los intrépidos estudiantes, no se retiraban de la lidia y seguían dándole al toro una serie notable de lances. Los padres de la Merced abandonaron rosarios y chancletas en el ruedo con las carreras desahoradas que emprendieron para ponerse a salvo, y el aire lo dejaron estremecido de ayes consternados, de válgames, de quejidos, y de un largo ¡uy, uy, uy!, pero no todos los padres huyeron, no, sino sólo los gordos, los reverendos, los unciosos, pero los otros, ocho, diez, únicamente para cumplir, claro está que únicamente para cumplir con el evangélico deber de calmar a los estudiantes, no sólo se quedaron en la arena impávidos, sino que hasta trababan breves y sutiles discusiones teológicas con *ergos*, *negos* y *distingos*, para disputarse el privilegio de plantársele delante al toro y el que triunfaba en la discusión ayudado de algún empujón eficaz, recordaba alegre sus años de mocedad y le daba a la res

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo
Aparece mensualmente

Un número Dlls. 0.50
Suscripción a 6 Nos. 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8.

Santiago. (Chile).

ESTABA mandado por real cédula que para honrar bien la fiesta del glorioso señor San Hipólito, en cuyo día ganaron la ciudad de México los españoles, se corrieran siete toros y que de estos siete toros se mataran tres que se habían de dar por amor de Dios a los monasterios y hospitales. Quedó también instituida como fiesta de la ciudad el día de Santiago Apóstol, ordenándose que en esa fecha se lidiaran doce reses bravas. ¡Qué regocijo y qué alborozo en esas fiestas! Las vidas más recoletas, las vidas más hundidas en el tranquilo sosiego de los caserones, salían haciendo ruido, irradiando luz de felicidad. Todos miraban la ciudad como nueva, con una gracia de recién nacida, entre los oros de un sol tibio y paternal. Las campanas decían su regocijo con voz más fina, el aire era más transparente, el aliento de las rosas era de una muy suave delicadeza que le complacía al corazón. Las casas tenían como una fisonomía benévola y clara que acogía, pareciendo que iban a referir el encanto secreto de sus intimidades. El agua murmuraba en las fuentes su límpido monólogo con sutil efusión. En las hablas que volvió compungidas el dolor o la tristeza, pasaba un temblor de júbilo. La desesperanza se teñía con un delicado matiz de optimismo y dentro de ella se agitaba la alegría como un breve cascabel de oro. Se dejaba el picote, el paño de raja, el burriel, el terciopelo rizo, la frisa, las angaripolas, los insignificantes veludillos, las pardas estameñas, el vellorí, las tiesas bófetás, los anascotes, el negro tafetán, los espesos fustanes y se trocaban por los tisúes, por los espolines, por los damascos, por los brocados, por los áureos jametes, por las catalufas, por los rasos, por los chamelotes de colores, por los terciopelos, por los gorgoranes, por las frescas zarazas, por los pequines recamados. De las muñecas se desenredaban los rosarios de calam-buco o de dieces de amatista o de coral, entre engarces afilegranados de oro, o de huesecillos de olivas del Monte Olivete, con medallas llenas de indulgencias y en su lugar iban las áureas manillas, los brazaletes con perlas y diamantes jaquelados; los dedos se llenaban con los relumbres de las sortijas, de los cintillos, de las gruesas tumbagas; en los pechos fulgían las pedrerías de los broches, de los pinjantes, de los brinco, de las piochas, de los herretes, de los pinos de oro; se abandonaban los eucologios, las novenas, los devocionarios y libros de horas, para tomar, con encanto feliz, los abanicos y los guantes de olór.

Si estos festejos llenaban de alegría a las gentes, más se alborozaron con los que se hicieron con motivo de la canonización de San Juan de Dios. Ojos faltaban a la admiración para aplaudir los espectáculos que inflamaron de alegría a la ciudad. La procesión por la Alameda, los carros triunfales engrandeciendo escenas de la vida del Santo; certámenes poéticos en la Universidad y en el Colegio Mayor de Todos los Santos y en el de San Pedro y San Pablo; luminarias y veneros de ocote y muchos fuegos de lebrillos y faroles de

ceñidos laíces con su ancha capa blanca, muy llenos de donaire y con más facilidad que con la que cantaba un aleluya o se echaba una santiguada por su cara lustrosa y rosagante.

El toro se les iba encima y les seguía con furia las vueltas a los frailes, pero ellos alargaban los brazos con la capa y se lo traían muy cerca de sí y casi en los mismos cuernos se la enredaban en el cuerpo remolineándose con donaire y todavía, como exquisito adorno, sacaban con gracia chulona un cuadril y les quedaba revolando todo su venerable hábito. Otros revolvían la capa en el aire haciendo floreos delicados, con mucha gracia, y obligaban al toro a que la siguiera y remataban la suerte arrodillados. ¡Qué primor! ¡Nadie había hecho aquellas lindas reboleras y faroles como sus paternidades! Ya iban a poner las banderillas cuando llegó el Corregidor con numerosos belleguines y corchetes y llegó también la guardia del Virrey dando disparos al aire. Se armó una gran tremolina. Un formidable alboroto llenó toda la plaza. Abundaron los contusos y golpeados. El toro le hizo dar una enorme carrera a un alguacil y ya casi lo alcanzaba cuando un fraile se le interpuso, caritativo, extendiéndose con ambas manos el hábito que se sacudía ya de un lado y luego del otro, y así le quitó a la fiera y ya con ella tras de sí giró de pronto, rápido, ágil, elástico, sobre los falones y la dejó pa-

sar bramando, llevándose enganchado en un cuerno un jirón de la blanca túnica del fraile que no le importó eso, sino que se fué contoneando muy saleroso y alegre. Un corchete le dió al toro un tiro en la cabeza con el que lo puso patas arriba y ya así entró la paz que se buscaba.

Los alguaciles querían recoger a los estudiantes. Pero los estudiantes corrieron a encerrarse en la Universidad y ya dentro empezaron a tocar a rebato la campana y se negaron a abrir las puertas que golpeaban numerosos agentes de la autoridad y desde las ventanas, balcones y azoteas les echaban una tupida lluvia de piedras. Llegó el Rector y llegó también el Corregidor y más ministros de la Justicia, e hicieron gente y lograron al fin que los estudiantes abrieran las puertas bajo promesa jurada de no castigar a nadie. Pero no cumplieron lo ofrecido. ¡qué va! Lo que los fuertes ofrecen a los débiles jamás se cumple. Hubo expulsiones y otros castigos mayores en toda la Universidad. ¿Y a los frailes? A los frailes no les pasó nada. ¿Por qué les había de pasar nada a sus paternidades, pues no había motivo? Sólo bajaron al ruedo a defender a los estudiantes, claro que únicamente a eso, del grande y grave peligro del toro y tan sólo por protegerlos y ayudarlos con amor sacaron a lucir sus finas, exquisitas habilidades taurómacas, que tenían ya bien olvidadas.

Artemio del Valle - Arizpe

S/c: Humboldt, 38. México D. F.

Tablero = 1929 =

El pesimismo y la política Hispanoamericana

= De *El Mundo*. Santo Domingo. R. D. =

Los datos que se pueden reducir a cifras, los hechos numéricos, son desfavorables al hispanoamericanismo, y en eso lleva razón el periodista mejicano Sr. Pallarés. Veamos algunos realmente abrumadores: los Estados Unidos han invertido en Centro y Suramérica cinco mil millones de dólares. A partir del año 1914, han quintuplicado sus inversiones en Hispanoamérica. El viaje reciente del Sr. Hoover ha puesto de relieve también hechos no menos desconsoladores: «Los Estados Unidos cuentan para llevar a cabo su comercio interamericano con cuarenta mil millas de cable, una marina mercante poderosísima, rutas aéreas de primer orden, un próximo servicio de carreteras panamericanas y todas las facilidades que suministra la industria y el moderno sistema de finanzas.» El caso de Méjico respecto a España, Hispanoamérica y a los Estados Unidos ofrece desproporciones en favor de estos últimos, que son poco más o menos—generalmente más—las mismas que se observan en la vida económica de cada país de habla española.

En 1927, Méjico compró a los Estados Unidos por valor de 232 millones de dólares, y a España, de cinco. La cantidad importada de otros países americanos no se cita por insignificante. La importación de artículos espa-

ñoles disminuyó, además, en tres millones y medio desde 1925. El movimiento de barcos ofrece en Méjico los siguientes datos: en 1926 entraron 30 barcos españoles, con 9,005 toneladas de carga, y en 1927, 25 barcos, con 5,392 toneladas (obsérvese el descenso). En iguales años entraron 3,129 barcos norteamericanos con 625,882 toneladas de carga, y 2,874, con 546,575 toneladas. No cabe duda de que los pesimistas más contumaces quedarán sorprendidos por esa realidad superior a todos sus cálculos. Pero aún hay más: de sesenta años a esta parte el capital norteamericano en Cuba ha aumentado en un 536 por ciento, y en las Repúblicas suramericanas en un 1,000 por 100. No transcurre una semana sin tener conocimiento de un nuevo empréstito o de una gran concesión industrial que aumenta considerablemente esas cifras. Cuando se cree que Hispanoamérica está saturada de dólares surgen nuevas peticiones o nuevos ofrecimientos, y el capital norteamericano sigue invadiendo nuevos países, conquistando nuevos sectores económicos.

Las reflexiones que el Sr. Pallarés hace al margen de estas cifras pueden condensarse en las siguientes líneas: «Cuando el hispanoamericanismo era un hecho económico, político y social, España gozaba de un triple mo-

nopolio comercial, político y moral. Las flotas que salían de Cádiz y de Sevilla y las naos que llegaban de la China eran las manifestaciones visibles, junto con la autoridad de los virreyes y el poder de los conquistadores, de la pujanza del hispanoamericanismo. Pero ahora es estéril cuanto predique la literatura y la utopía miope en pro de un renacimiento punto menos que imposible.» Estamos de acuerdo con el Sr. Pallarés, y aun prescindiremos de ese «punto menos» para acentuar la imposibilidad. En el caso de que fuera posible no sería plausible, como no es envidiable el cetro actual de los Estados Unidos. El hispanoamericanismo es otra cosa. Los hechos, los datos que ofrece en las estadísticas proceden de una política y de un Estado que puede ser o no la entraña española; pero en cambio, la realidad de cada país hispanoamericano registra otros más consustanciales y permanentes de los cuales es actualmente expresión el fracaso del viaje de confraternidad del Sr. Hoover. El viaje que ha motivado esa acumulación de abrumadores datos pesimistas.

(Envío de Hernán G. Peralta)

Carta a Juana de Ibarbourou

Señorita Haydée Ferreyra Machado, secretaria del Comité Homenaje a Juana de Ibarbourou.

Distinguida señorita: Me complazco en acusar recibo de su atenta invitación—que agradezco muy especialmente—para el homenaje que organiza ese Comité en honor de la insigne escritora Juana de Ibarbourou, a quien se va a proclamar *Juana de América*.

Deploro la imposibilidad en que me encuentro de asistir al homenaje, pero me adhiero a él con regocijo íntimo. Entiendo que esa proclamación—la cual implica el honor más alto que a un escritor pueda tributarse—no sólo es merecida, sino que constituye una ratificación pública y solemne de lo que está en la conciencia de todos los americanos de habla castellana: o sea que la personalidad y la obra artística de Juana de Ibarbourou es algo nuestro, exclusivo de América, por su juventud, por su frescura, la libertad de su espíritu, su rebosante salud moral, nutrida de savia nueva. Su poesía es la expresión de la vigorosa pujanza matinal, con caracteres de aurora, que aporta este continente al mundo de la cultura; es como un segundo despertar de la naturaleza humana, que sintiéndose fuerte, bella y sin mancha, se manifiesta desnuda, limpia de toda perversión, hipocresía o impudicia. Bien está, por eso, que la proclamemos nuestra, convirtiendo, de ese modo, la belleza de su obra en hermoso y grato lazo de fraternidad americana; significando con ello, al propio tiempo, que ya, afortunadamente para nosotros, reviste más trascendencia la figura del poeta que la del guerrero.

Si algo hubiera faltado en ella para completar su americanismo vino a colmarlo su generosa adhesión, en una bella carta alentadora, a la obra redentorista de unión y liberación ibero-americana, que realiza la juventud de nuestro continente.

Es, por tanto, para mí, como estoy seguro lo será para las juventudes de esta América, singularmente satisfactorio, ese homenaje, en el que todos podemos reconocernos hermanos

por la comunión profunda, perdurable, del idioma y del espíritu.

Saluda a Vd. con la más atenta y expresiva consideración.

Alfredo L. Palacios.

S/c. Charcas 4741.

(Claridad. Buenos Aires)

Las jóvenes del día

Con durísimas palabras fustiga el cardenal primado en su última pastoral a las jóvenes de nuestros días. Y llueve sobre un mar de reproches análogos de otros príncipes de la Iglesia y del Papa mismo. Ve el primado a las muchachas «imbuidas en un naturalismo grosero», «absorbidas por la frivolidad», «esclavizadas por la moda inverecunda y dominadas por un sensualismo repugnante». Es, en fin, necesario reconocer «que se han agostado en sus almas los gérmenes de la virtud cristiana».

No voy yo a defender a las terribles pecadoras, ni podría hacerlo contra la altísima autoridad espiritual que les administra estos orales pero dolorosos azotes. Además, es inútil defender a delinquentes de irreductible contumacia. Con las mujeres no hay reprensión ni enseñanza eficaz. Cuanto más se les enseña lo que es bueno, más enseñan ellas lo que es bonito. ¡Pero es que tienen tanto bonito que enseñar!

Los que vivimos entre el pecado no sabemos exactamente lo que es. Bebemos su espíritu deletéreo como bebemos el aire. Para verlo claro necesitamos mirarlo a distancia. Por eso muchos pecadores empedernidos se arrepienten a la hora de morir. No porque ellos se aparten del pecado, sino porque el pecado se aleja de ellos en vista de que ya no le sirven.

Estas chicas del día merecen disculpa por eso: porque no se han muerto todavía, ni ganas, y no saben la ponzoña que hay en el ambiente. Cuanto más pasean al aire libre y más cultivan el deporte, más vida tienen, y, por consiguiente, más pecado. Podríamos decir que por cada glóbulo rojo que adquieren se les acorta un milímetro la falda. Y hay este empujamiento de la cultura física femenina, que no sé a qué clase de faldas nos va a llevar...

¿Pero es sólo ambiente? Hay algo más. Hay esto que dice en su pastoral el cardenal primado:

«Puede afirmarse que la inmensa mayoría de las jóvenes frívolas de hoy que se dejan arrastrar por las turbias corrientes del sensualismo que invade la sociedad moderna se educaron con maestras católicas o en colegios de religiosas.»

Esta afirmación le plantea a uno ya una cuestión insoluble. Una de las mil cuestiones insolubles que nacen en el alma humana. Esperemos que la aclare *El Debate*, tan ducho en religión como en pedagogía.—*Heliófilo*.

(El Sol. Madrid.)

La democracia inglesa

El magnífico espectáculo de fuerza social y de tensa emoción que hoy le da a la Europa fatigada la democracia inglesa, podría llegar hasta nosotros estimulando las capacidades que aún nos quedan para la reorganización del estado y del régimen representativo.

No hay dentro del cuadro de los pueblos contemporáneos uno que, como el pueblo inglés, siendo, casi por razones geográficas, profundamente conservador y tradicionalista, haya

conservado tan nítido y tan neto el amor a las libertades y a los fueros civiles. Dentro de la conjugación de una política complicada, como lo es la política interior del Reino Unido, esas libertades, de las cuales reniegan hoy los gobiernos y los pueblos fascistas y sendo fascistas del universo, han podido conservar el vigor y afianzar cada día más. Es bajo un ambiente de liberalidad y de tolerancia como el gran imperio ha podido desarrollar sus potencialidades en todos los órdenes de la actividad humana y de los dominios espirituales.

La política en Inglaterra ha sido el vehículo natural de la voluntad y de la opinión populares. El parlamento británico ha podido considerarse como el escrutinio vivo de todo el pensamiento inglés. Dentro de sus salones se ha definido el curso histórico de medio mundo.

Dentro de un Occidente derrumbado y confuso, acechado por la anarquía y la pobreza, el pueblo inglés, que cada día tiene que enfrentarse a la solución de los más arduos problemas, guiado por su buen instinto y la tradición civil en que se ha engrandecido, no ha hecho otra cosa que afirmar su fe en esa democracia contra la cual blasfeman países movedizos, destinados a la servidumbre.

Las elecciones generales inglesas dan en estos momentos una impresión de vida y de poder realmente admirables. Todas las fuerzas y grupos políticos se movilizan, llenos de ardor y de voluntad, hacia la lucha de las urnas. Ese unánime voto de confianza que toda una nación le da al estado y a sus mismas costumbres cívicas, atestigua la vigorosa estructura de su vida.

Hay algo más que atrae y determina la admiración dentro del escenario inglés y son los líderes políticos. Los jefes actuales de los tres grandes partidos británicos: Stanley

Baldwin, Lloyd George y Ramsay MacDonald, son austeras figuras de selección, hombres de ideas y de sentimientos esclarecidos, verdaderos estadistas en cuyas manos han estado diestramente las riendas del más vasto imperio del orbe.

Cuando en un mundo fatigado para las pugnas ciudadanas, corren en desbocada marcha los corceles de la arbitrariedad y de la aventura, el ejemplo inglés tiene un gran valor porque viene a provocar un acto de fe en el poder eterno de la razón, madre de todas las venturas.

(El Tiempo. Bogotá)

La defensa del idioma

En un ingenioso libro de Mr. Carter: *El imperialismo sin dolor* sostiene aquél que los Estados Unidos no hacen otra invasión a los pueblos centro y sud-americanos que las que le facilitan el gramófono, los *Quaker Oats*, la goma de mascar y el *black bottom*. Lo que se propuso demostrar Mr. Carter es que la gran república del norte americano sólo se preocupa por enseñar a los países del trópico a desayunarse eficientemente, conservar los dientes en buen estado y aménizarse la vida por medio de la música ligera. Pero el distinguido escritor yanqui, con una buena fe que lo honra, no deja de reconocer que toda esa goma de mascar y todas esas tonadas de las Carolinas y los tarros de avena, son elementos reales de conquista, juzgando que todos los estados de presa tienen el cuidado de imponer sus costumbres en las tierras que han de colonizar.

Otro de los elementos de radiación espiritual y material de mayor alcance de que disponen aquellos estados, es la lenta y segura filtración de su idioma. Esto lo comprendió a cabalidad el gobierno de México y fué así como prohibió de modo absolutamente terminante la exhibición de avisos comerciales, rótulos de oficinas y de empresas en idioma inglés. Merced a la invasión de términos americanos, las calles de la ciudad de México alcanzaron a tener el aspecto de un barrio neoyorquino. Se salía del *Bookstore* para ir al *Tea Room* o al *Mexican Hotel*. Todo eso se acabó. Los establecimientos en que se venden libros se llaman en México lisa y sencillamente librerías y los salones de té se llaman así: salones de té.

Entre nosotros nadie ha emprendido la defensa del idioma, que poco a poco se va convirtiendo en un gran repertorio de términos y de locuciones extranjeras. Pero la defensa de la lengua nativa no es solamente eso. Hay otra campaña, más ardua y más interesante por hacer y es defendernos de nosotros mismos, de nuestros barbarismos, de esa fabricación impune de vocablos y de modismos que hacen de nuestro castellano una especie de clave para uso exclusivo de la población criolla.

Llevamos la fama de hablar el más puro español del mundo y ya casi no podemos entendernos con el vecino. Si a estas horas viviera el señor Cuervo, sus apuntes sobre el lenguaje bogotano le darían labor para una centuria.

Es cierto que la importación libre de palabras inglesas, francesas y alemanas, representa un peligro auténtico para nuestra soberanía espiritual. Pero hay un peligro más efectivo y es el de que esa manufactura sin tasa de vocablos bárbaros, sin ascendencia en el idioma materno, nos lleve a la formación de un *lunfardo* como el que aflige a Buenos Aires, que nos impida un bello día cambiar ideas con el mundo exterior.

(El Tiempo. Bogotá.)

INDICE

Legenda aut adquirenda



Libros de aventuras, propios para muchachos:

Fenimore Cooper: <i>El último mohicano</i> .	
2 vols.....	6-00
Marryat: <i>Propiedad del Rey</i> . 2 vol.	6-00
Baillantine: <i>Los mercaderes de pieles</i>	3-00
Mayne Reid: <i>El jiaete sin cabeza</i> . 2 vols.	6-00
Fenimore Cooper: <i>El cazador de ciervos</i> .	
2 vols.....	6-00
Gerard: <i>El matador de leones</i>	3-00
Malot: <i>Aventuras de Roman Kalbris</i>	3-00
Aimard: <i>Los tramperos de Arkansas</i>	3-00
Marryat: <i>Newton Foster</i>	3-00
Dana: <i>Dos años al pie del mástil</i>	3-00

Augusto Meiser: <i>Filosofía y Educación</i> ...	4-50
Luis E. Valcárcel: <i>Tempestad en los Andes</i>	4-00
Bernal Díaz del Castillo: <i>La conquista de Nueva España</i> , 2 vols. pasta.....	16-00
Manuel Gálvez: <i>Una mujer muy moderna</i> .	
Cuentos.....	3-50
Azorín: <i>Teatro</i> . Dos comedias.....	0-80
Emilio H. del Villar: <i>El Greco en España</i>	7-00
Pestalozzi: <i>Como enseña Gertrudis a sus hijos</i>	4-00
Genaro Estrada: <i>Visionario de la Nueva España</i>	3-00
Azorín: <i>El chirrión de los políticos</i>	3-50
Guillermo Jiménez: <i>Constanza</i>	1-00
Max Scheler: <i>El resentimiento en la moral</i>	4-25
H. A. Kramers: <i>El átomo y su estructura</i>	7-75
E. Jardiel Poncela: <i>Amor se escribe sin hache</i> . Novela.....	4-25
Eugenio d'Ors: <i>Oceanografía del tedio</i> ...	3-50
Ramón Pérez de Ayala: <i>Troteras y Danzaderas</i> . Novela.....	3-50

Dirijase al Adr. del Rep. Am. Ap. X.
San José.

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

Vienen C. 1072.60
 Fabio Fiallo 20.00
 C. 1092.60

A García Monge, en
 San José de Costa Rica

La Vega, República Dominicana, 2 de Julio 1929.

Querido amigo: ¿Sería Ud. tan buen compañero mío que se empeñara en abrirme un hueco entre los admiradores de Omar Dengo, donde cupiera mi pequeña contribución para el pago de la casa que ha de servir de abrigo a su viuda infortunada y a sus hijos?

He contado de antemano con su amable aceptación y le envío adjunto mi óbolo. Muy suyo

Fabio Fiallo

La actitud de los estudiantes españoles

EUROPA ha venido siguiendo atentamente el proceso de la lucha entré la dictadura militarista de España y los estudiantes. Aun en las fracciones más de derecha, los jóvenes rebeldes españoles han ganado simpatías y aplausos. Nada ha causado más desprestigio al dominante militarismo español, palmario y último ejemplo de que ya no es posible que el gobierno de los pueblos esté en manos de ignorantes armados—, que su lucha contra lo más representativo de la cultura y del espíritu nuevo en la corroída y decadente organización española.

Empero, la actitud de la juventud de España ha despertado mi más grande simpatía y mi admiración más cordial. Precisamente porque es una actitud latinoamericana. Es una proyección de nuestra Reforma Universitaria hacia España. La juventud española ha aprendido muy bien de la juventud latinoamericana, a adoptar actitudes responsables cuando frente a los despotismos no hay nada sino genuflexión y silencio. Los estudiantes españoles han venido a anunciar al mundo que no todo es sumisión en España. El Directorio es de opereta y es el más grande fracaso del militarismo en el gobierno, sin contar el de Chile.

Aunque Mussolini no nos simpatice, hay diferencia entre Mussolini y Primo de Rivera. Este es un imitador de aquél pero un imitador simiesco, de mueca; Primo de Rivera quiso hacer gobierno a la prusiana en tiempos en que el prusianismo también está en decadencia y probó al mundo que—pastelero a tus pasteles—el militar a su oficio y el político al suyo. Solo los pueblos primitivos soportan un gobierno de sable.

¿Triunfarán los estudiantes españoles? ¿Organizarán mejor

su lucha contra la dictadura militar que don Miguel de Unamuno y compañía? Es cuestión a verse. El problema para España, políticamente hablando, es un problema de disciplina. Ahí nadie se somete a nadie sino es a sablazos. Todos quieren ser jefes. O, anarquista y simplistamente, no se quieren jefes. Leyendo en un diario inglés los detalles del fracasado movimiento en el que estuvo comprometido Sánchez Guerra, según se dice por llamado expreso de la Reina María Cristina, me impuse de un diálogo típicamente español y de una ingenuidad maravillosa: Sánchez Guerra arengaba a los oficiales insurrectos cuando un coronel celoso preguntó que quién mandaba ahí. Otro coronel no menos celoso respondió, «los ideales». Como los ideales no tienen ni brazos ni piernas, ni cabeza ni don de mando, los conspiradores fueron a dar con «los ideales» a la cárcel. Pero el español prefiere eso a que tenga que obedecer a nadie.

Se explica así que venzan en España las dos organizaciones que existen: los jesuitas y el ejército. En la una prima el fanatismo y en la otra la fuerza, el sable y el interés. Estas dos inmensas organizaciones bien disciplinadas tienen que dominar en un país de anarquistas y de indiferentes.

Los estudiantes que se han rebelado y que han tenido que afrontar la brutalidad inquisitorial del militarismo despiadado, han salvado el espíritu de la libertad en España. Héroes son, porque a crueldad con los insurrectos y a matadores de rebeldías, nadie gana a un militar español. En esto igual hoy que cuando Cuacthemoc y Atahualpa. Empero, los muchachos de la España nueva han dado una lección de gallardía y de fuerza. Han demostrado organización y como que han tenido un jefe reconocido, un líder efectivo en el Presidente de la Federación de Estudiantes, hoy prisionero. Esto marca un inmenso progreso hacia la organización en España. Sólo las uniones y sindicatos obreros habían demostrado alguna disciplina aunque el anarquismo fué siempre doctrina cómoda a la indisciplina española. Ahora son los estudiantes los que adoptan tácticas modernas de acción basadas en organización.

Ojalá no desmayen y ojalá sepan que las simpatías del mundo les acompañan. Ojalá cumplan su obra y para beneficio del pueblo español, del pueblo que trabaja y produce, ayuden arrojar toda esa inmensa podredumbre que infecta al país. Cuando se vea libre de una monarquía decadente y de un militarismo sanguinario, puede que aparezca la nueva España y puede que los españoles comprendan que en política hay, que tener disciplina, tener programa y saber adónde se va, porque la política es ciencia y ciencia difícil, más económica que otra cosa. Si todos los españoles inteligentes siguieran a los estudiantes y los ayudaran, pueda que se salven.

Haya de la Torre

Londres y julio de 1929.



El traje hace al caballero
 y lo caracteriza

y
 La Sastrería

La Colombiana

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
 o al contado.

Hay un inmenso surtido de
 casimires ingleses. Operarios
 competentes para la confec-
 ción de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía
 50 varas al Este de "El Cometa",
 frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3283

Imprenta, Alsina (Sauter Arias & Co.)

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
 SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
 Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
 Socio Gerente